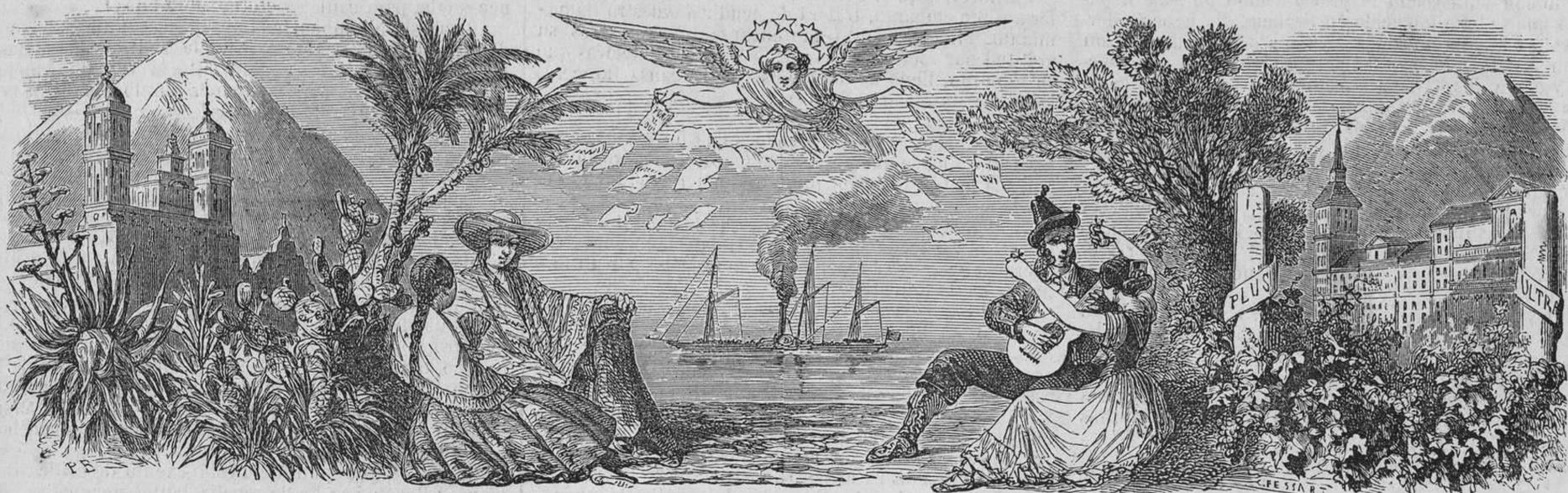


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 926.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

Ovacion á M. Washburn, ministro de los Estados Unidos en París; grabado. — La literatura italiana. — Episodios de la revolucion del 4 de setiembre; grabados. — Revista de París. — Poesias. — Bombas, granadas, balas. — Escenas de la vida inglesa. — Mapa general de las afueras de París; grabado. — El sitio de París; grabados. — De Villahermosa á la China. — Problemas de ajedrez; grabado. — Llegada de la guardia movilizada de los departamentos; grabado. — Heridos de Sedan á su entrada en París; grabado.

Ovacion á M. Washburn,

MINISTRO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN PARÍS.

El gobierno de los Estados Unidos ha sido el primero que ha reconocido á la República francesa, y esta muestra de simpatía ha valido á su representante en París la ovacion que figura nuestro primer dibujo de este número.

Con efecto, apenas M. Washburn recibió la notificación oficial del nuevo gobierno, se apresuró á pasar al

ministro de Negocios extranjeros la comunicacion siguiente:

« Señor ministro: La última noche á las once, recibí la comunicacion que me habeis hecho el honor de dirigirme con fecha del 5 del corriente, y en la cual me participais que en virtud de acuerdo de los individuos del gobierno de la defensa nacional se os ha confiado la cartera de Negocios extranjeros.

A mi vez tengo la satisfaccion de poner en vuestro conocimiento que he recibido de mi gobierno un telegrama en el cual me encarga que reconozca al gobierno de la defensa nacional como gobierno de Francia.



Ovacion á M. Washburn, ministro americano en París, á consecuencia del reconocimiento de la República francesa por los Estados Unidos

En consecuencia, estoy pronto á entrar en relaciones con este gobierno, y si bien os parece, á tratar con él todos los asuntos que pertenecen á la esfera de las facultades de que me hallo revestido.

Al hacer esta comunicacion á V. E., le ruego que reciba para V. E. y para los individuos todos del gobierno de la defensa nacional las felicitaciones del gobierno y del pueblo de los Estados Unidos, los cuales habrán sabido con entusiasmo la proclamacion de esta República que se ha establecido en Francia, sin haberse derramado una gota de sangre, y se asociarán de corazon y con sus simpatías á este gran movimiento que esperan y creen que ha de ser fecundo en felices resultados para el pueblo francés y para la humanidad entera.

El pueblo de los Estados Unidos que goza cerca de un siglo há de los beneficios del gobierno republicano, no puede menos de contemplar con profundo interés los esfuerzos de este pueblo francés, con quien le unen los lazos de una amistad tradicional, pueblo que trata de fundar las instituciones, mediante las cuales se asegurará á la generacion presente y á las venideras el inalienable derecho de vivir trabajando para la felicidad de todos.

Antes de concluir, he de decir á V. E. que me felicito de tener por intermediario entre el gobierno de la defensa nacional y yo, al hombre distinguido, cuyo elevado carácter tanto aprecio merece á mi país, y que ha consagrado solícito todas las fuerzas de su inteligencia á la causa de la libertad humana y de los gobiernos libres.

Recibid, etc. — WASHBURN. »

El ministro de Negocios extranjeros contestó en los siguientes términos:

« Señor ministro:

Considero como un feliz presagio para la República francesa el obtener por primer apoyo diplomático el reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos

Nadie mejor que el representante de un pueblo que da al mundo el saludable ejemplo de una libertad absoluta podia recordar, en términos á la vez justos y elevados, los inapreciables beneficios de un gobierno republicano.

Vosotros habeis fundado vuestras sábias y poderosas instituciones en la independencia y en la virtud cívica, y no obstante las terribles pruebas por que habeis atravesado, habeis mantenido con inmutable firmeza vuestra fe en el gran principio de la libertad de que derivan naturalmente la dignidad, las costumbres y la prosperidad.

Las naciones dueñas de sus destinos han de aspirar á seguir vuestros pasos, y no pueden ser verdaderamente libres sino demostrando celo, valor y moderacion, y tomando por simbolo el amor al trabajo y el respeto al derecho de todos. Este programa es el del gobierno que acaba de nacer en Francia de la violenta crisis provocada por los yerros del despotismo; pero en los momentos en que se funda no puede tener otro pensamiento que el de arrancar la patria al enemigo. Y aquí tambien se encuentra con el ejemplo de vuestro valor y de vuestra perseverancia.

Vosotros habeis sostenido una lucha gigantesca y habeis vencido. Fuertes, merced á la justicia de nuestra causa, rechazando todo espíritu de conquista y no aspirando á mas que á nuestra independencia y á nuestra libertad, tenemos la firme esperanza de alcanzar nuestro objeto.

Para llevar á cabo esta tarea contamos con el apoyo de todos los hombres de corazon y de todos los gobiernos interesados en el triunfo de la paz. La adhesion del gabinete de Washington bastaria por sí sola para inspirarnos esta confianza. Los individuos del gobierno me ruegan que os haga presente su reconocimiento y que os sirvais transmitir la expresion de él á vuestro gobierno.

Por mi parte estoy satisfecho y henchido de orgullo de que la casualidad me permita ser el lazo de union entre dos pueblos ligados mutuamente por tan gloriosos recuerdos, y desde ahora por tan nobles esperanzas, y os doy gracias por haber manifestado con gran benevolencia hácia mí todo cuanto yo experimento hácia vos, así como mi deseo de consolidar cada vez mas las relaciones de afectuoso aprecio que deben unirnos para siempre.

Recibid la seguridad de la alta consideracion con la cual tengo el honor de ser, señor ministro, vuestro humildísimo y muy respetuoso servidor,

JULIO FAVRE. »

El dia 8 por la tarde tuvo efecto la manifestacion en favor del ministro americano.

Una columna de entusiastas se puso en marcha del boulevard des Capucines con direccion á la legacion americana, situada en la calle de Chaillot.

La bandera estrellada de los Estados Unidos acompañaba á la bandera tricolor al frente de la columna.

Habiase leído la nota de M. Washburn, inserta en el *Periódico Oficial* de la mañana, é iban en nombre de la República francesa á darle las gracias por las simpatías de su gobierno, al representante de la libre América.

Delante del ministerio de la marina hizo alto la manifestacion. Toda la guardia de dicho ministerio salió y presentó las armas á los estandartes de las dos Repúblicas, mientras que los tambores batian generala.

En seguida los cuatrocientos ciudadanos que componian la manifestacion fueron á saludar la estatua de Es-

trasburgo, y con la cabeza descubierta hicieron á sus piés el juramento de morir por la patria.

Luego á los gritos de ¡*Viva la América!* emprendió otra vez la marcha hácia la legacion.

El primer secretario de la embajada, el coronel Wickham-Hoffman, se asomó al balcón.

Todos se quitaron el sombrero.

« Señores, dijo el coronel, el señor ministro está enfermo. Sin embargo, tratará de acudir á vuestro llamamiento. Mientras tanto me encarga el expresaros su gratitud por esta amistosa demostracion, y deciros que su gobierno, lleno de simpatías por la causa francesa, la sabrá esta misma noche. »

Dichas palabras fueron acogidas con un inmenso entusiasmo, que se aumentó, si era posible, al ver enarbolarse la bandera tricolor junto á la americana en la fachada de la legacion.

Un hijo de los Estados Unidos, que se encontraba entre las filas de la manifestacion, lanzó entonces un enérgico ¡*hurrah!* repetido á la americana por un millar de bocas francesas.

Bajo los pliegues de los dos unidos estandartes se presentó en el balcón M. Washburn, bastante pálido.

« Doy las gracias, dijo, á los patriotas franceses por esta simpática manifestacion en favor de mi gobierno y de mis compatriotas, que siempre en su corazon estarán con la Francia. »

Esta respuesta fué llevada por los delegados al ministerio de Negocios extranjeros.

Al recibirlos M. Julio Favre los ha explicado nuevamente la conducta que el gobierno de la defensa nacional está dispuesto á seguir ante el enemigo, conducta que se resume en las siguientes palabras: *Paz honrosa ó guerra á muerte.*

Después de esta noble y altiva declaracion, la manifestacion se separó á los gritos de ¡*Viva Julio Favre!* ¡*Viva la República!*

R. S.

La literatura italiana.

(Conclusion.)

La música en tanto fué prosperando de cada dia mas haciéndose un arte principal, y reduciendo á esclava suya la poesía del drama cantado. No era esta condicion que pudiesen aceptar los grandes poetas al paso que se conciliaba admirablemente con la ignorancia, la pereza y el hambre de los que después de Metastasio se apoderaron del drama lírico.

Los músicos, que son tolerantes á condicion de que se satisfaga á sus exigencias de rima y ritmo, no trataron de asociarse con poetas que pudiesen dar brillo con sus palabras á sus pensamientos, continuó considerándose como trabajo forzado y de verdadera confeccion la composicion de libretos y hasta los magníficos cantos de Rossini los informaron versos que dan lástima.

Tan grande anomalía empezaba á repugnar en la época en que Romani, hombre regularmente instruido, muy apto para versificar y para las bellezas secundarias de expresion, comenzaba á darse á conocer en el mundo literario; conoció el neófito la situacion del drama lírico, empleó sus fuerzas en remontarle, comunicóle el colorido brillante de su versificacion, aclamaronle, como por sorpresa restaurador de él, y se decidió á entrar en ese campo donde habia abundante y bien lucrosa mies que recoger.

Si se hubiese de juzgar de los escritores por el número de sus obras, deberia ensalzársele á Romani sobre el mismo Metastasio, sin embargo de los numerosísimos dramas que este escribió; si debiera valúarse por el número de individuos de la humanidad que hablan con entusiasmo de ellos, pocos poetas italianos pesarian en la balanza del juicio tanto como Romani; su nombre es mas popular en el dia en Italia que el de Manzoni (hasta se ha llegado ¡cosa risible! á atribuirle los triunfos de Bellini), ni es de extrañar supuesto que el teatro es el comun templo de Apolo, para nadie vedado, y que la generalidad de los concurrentes obedece á menudo en sus juicios, no tanto á sus propias sensaciones como á las sugerencias de los directores de tramoya.

Pero afortunadamente el hombre es libre en sus dictámenes, y el que muchos piensen de un modo no es un óbice para que él piense de otro. Si Romani hubiese dado á la forma del drama el relee que dió á su dición, si venciendo todas las dificultades (cual corresponde á quien se presenta como un genio, un innovador de un ramo del arte) le hubiera dado una accion regular, clara, interesante, tal que pudiese subsistir por sí misma y no se tuviese como ahora que recurrir casi siempre al argumento para interpretarla, ó á la música para cubrir su absurdidad; si hubiese prestado á la poesía un poco siquiera de colorido histórico y local, de modo que sus versos no fuesen buenos para todas las edades y países; si en una palabra hubiese hecho una reforma esencial y no de superficie, entonces nos aunariamos con los mas para ensalzarle, entonces

le proclamaríamos restaurador del drama lírico y mas grande que Metastasio.

Ahora no sabemos ver en él mas que un buen versificador, poeta mediano si se quiere por el lado de la expresion, que aprovechó de una oportunidad para hacerse un nombre vitalicio y la fortuna de su familia si la tiene.

¡Recuérdese qué rivales habian precedido á Romani en la arena de la tragedia lírica, cuán poco esfuerzo se necesitaba para cantar victoria sobre ellos!

¡Recuérdese tambien cuántos poetas grandes y medianos produjo la siempre fecunda Italia desde Metastasio hasta él, á quienes solo faltó la voluntad, mejor diremos, las ganas para componer libretos de ópera tan elegantes y á guisa de los suyos!

Ahora bien, para poderse llamar genio, ingenio ó número (como se quiera); para crear, para restaurar una faz del arte, para granjearse un renombre general merecido y duradero, deben producirse obras que nadie mas ó poquitos puedan hacer, debe el hombre pretendido abrirse paso por medio de todos los obstáculos, debe ser grande por sí mismo no por la comparacion con los pigmeos que le cercan, no debe ser hijo de las circunstancias sino de su propia fuerza.

La mision de Romani, ciertamente tampoco cumplida por otro, hubiera sido adoptar el drama de Metastasio, poético, mas antimusical, á las actuales exigencias de la música; esta hubiera sido una buena obra de arte, que no era lo que mas falta hacia la expresion ni la versificacion en un país en que todos versifican y dicen bonitas cosas.

Aun sobre este punto no está exento de crítica Romani. ¿Por qué se ha de repetir tanto, por qué sabido un libretto suyo de memoria se ha de poder decir otro sin verle, solo apuntado el primer verso de cada cántico? ¿Por qué la esfera de sus imágenes poéticas, de sus símiles y comparaciones ha de ser tan reducida que sean siempre las mismas, tal que casi se adivinen? ¿Es pereza ó pobreza de ingenio? ¿Y qué se dirá de los caracteres de sus personajes tan contados y tan siempre los mismos, amantes siempre de un mismo jaez, padres siempre iguales, sacerdotes y viejos siempre de la misma pesadez consejera? Si apareciesen demasiado acres estas palabras, traeremos á la memoria la divisa que es propia del crítico, como de quien combate

Parcere subjectis et debellare superbos

y al mismo tiempo el poco respeto con que Romani, de hecho unas veces y alguna hasta con marcadas palabras, ha tratado á autores de los cuales en vez debiera haber dicho « no soy digno de llevar su calzado. »

Romani, en su pobreza de concepcion reconocida hasta por sus mas entusiastas admiradores, ha pedido prestado á los poetas del siglo el argumento de casi todas sus óperas (á Byron la *Parisina*, á Chateaubriand la *Norma*, episodio de Velleda en los Mártires); á Dumas la *Emma d'Antiochia* (Teresa), la *Gemma di Vergy* (Charles VII chez ses grads vassaux), la *Caterina di Guisa* (Henri III); á Hugo la *Lucrezia Borgia*, etc., hasta á d'Arlecourt la *Straniera* y la *Isma- lia ó morte ed amore*, etc., etc.); estrechado por los límites de la tragedia lírica y poco hábil en materia de accion y resortes intrínsecos, ha estrujado las mas grandiosas ó bellas concepciones, las ha desvirtuado, descolorido al punto de no poderlas reconocer su autor, como sucedería v. g. con la Catalina de Guisa y con aquel viejo de turbante que reemplaza en la Emma al interesante Paolo de la Teresa; pues bien, si alguna vez se digna hacer mencion de sus prestamistas, es para decirnos *ex tripode italica*, como en la advertencia de la *Lucrecia* que precede á la edicion italiana, que Victor Hugo ó tal hicieron mal, que podian haber hecho mejor, que fulano piensa esto, que á él le parece estotro, etc.

El repertorio de Romani es inmenso; no ha perdonado á ningun drama ó novela buena ó mala, que haya sido de moda, todo lo ha *messo a sacco* como dicen sus compatriotas; las mejores, sin embargo, entre las muchas que hemos visto nos parecen *Norma*, *Ana Bolena*, *Straniera*, *Beatrice di Tenda*, la *Sonnambula* prescindiendo de su argumento fútil, y la *Isma- lia* dejando tambien aparte su ridículo embrollo debido tanto á mas á d'Arlecourt que al autor del libretto. *Scaramuccia* es recomendable en el género bufo. Fuera de dramas líricos, no hemos visto de Romani mas que una poesía ligera y una muy corta novelita en prosa, no dignas seguramente de hacer variar el concepto poco ventajoso que por aquellos hubiese de él formado. Las noticias que tenemos sobre la vida particular de Romani no son bastante seguras para que se consignen en un escrito que ha de ver la luz pública. Actualmente parece que está empleado en la redaccion de la *Gaceta oficial de Turin* y que se muestra escaso en el favor de trabajar un libretto de ópera aunque lo abonen los nombres de un Donizetti ó de Mercadante.

Romani ha tenido ya algun imitador en el drama lírico, Cammerano en la *Lucia* se confunde alguna vez con él.

Rossi y Ferretti han hecho con Romani largos años todo el gasto á los compositores músicos; por tal asociacion con los jefes del arte que mas enorgullece á este siglo pasarán sus nombres á la inmortalidad, del mismo modo que ha llegado hasta nosotros la memoria de los judíos Raquel y Vida, que con sus marcos de plata encaminaron al Cid á grandes hechos.

El Tasso de Ferretti, si no es la mejor ópera moder-

na, creemos que puede sufrir paralelo con las mejores de Romani: es el libreto de esta época que hemos visto menos falto de lo que se llama conciencia artística, en cuanto cabe esta en semejantes composiciones tales cuales se las ha tratado hasta el día.

Estos son los cuatro poetas italianos contemporáneos que gozan de mas nombradía. En igual categoría están el poeta cómico abogado Alberto Nota, el trágico Niccolini y el historiador Botta, mas sus nombres apuntados ya por M. Bocous no son propiamente del dominio de esta continuacion ó suplemento. Sin embargo, como desde el año 1824 acá han dado los dos últimos á luz nuevas producciones, nos permitiremos sobre Niccolini, apuntar los títulos de algunas de sus nuevas tragedias, Antonio Foscarini, Procida, diciendo sobre ellas de paso que si valen mas que las antiguas y lucen excelente verso, suavísima dición, máximas morales y políticas atrevidas, las hallamos todavía faltas de acción, nudo y caracteres, principales requisitos de toda composición dramática: sobre el historiador Carlos Botta, despues de dar los nombres de sus obras no citadas por M. Bocous « Historia de Italia desde 1789 hasta la restauracion, Historia de Italia desde donde la dejó Guicciardini hasta 1889, Historia de los pueblos italianos » nos atreveremos á decir que por la primera merece un asiento no menos elevado que los que ocuparon Thiers y el conde de Toreno y por las restantes el de moderno Guicciardini, si no el de Maquiavelo.

En la Historia de la independencia de América oscurece sus dotes de grande historiador el estilo bocacchesco ó bocacieno (de Bocaccio) que adoptó impropriamente al tratarse de un asunto moderno, pagando de este modo un tributo á la moda de aquella sazón; mas en sus demás obras escribe con una soltura de estilo, con una extension de conocimientos, con una profundidad de miras y de juicio que sorprenden y recuerdan al autor de las décadas de Tito Livio y del Príncipe. Se ve que es hombre independiente y que le importa poco que el decir lo que siente le acarree enemigos. Así es tambien que no pudo permanecer en Italia y tuvo que emigrar á Francia donde vive hace años, habiendo su patria perdido con su persona el poseer en original y nacional idioma italiano algunas de sus obras que se ve obligado á escribir en francés.

Mas Botta no ha sido traidor á ella no obstante su ingratitud. Es digna de atención la *Carta sobre los historiadores italianos*, impresa al fin de su historia de los pueblos de Italia.

Con la ocasion del historiador Botta, es oportuno recordar que el nombre bien conocido de Sismondi es italiano, que el varon ilustre que lo lleva lo es tambien de origen y que nuevamente se ha vinculado con tan noble país por medio de la *Historia de sus repúblicas*, cuya fama salvó hace tiempo el Ródano, el Pó y el Danubio.

Otros poetas y literatos ilustran actualmente la Italia en su mismo seno ó desde el extranjero comiendo el pan de la emigracion que les grangearon las vicisitudes políticas; citaremos de entre ellos los que nos parezcan mas dignos juntamente con sus obras, sin que tomemos la responsabilidad de ser intachables en nuestra eleccion ni á tan grande distancia la de no olvidar á ninguno.

Máximo D'Azeglio, marqués y yerno del gran Manzoni, publicó hace pocos años una novela histórica sobre un bello episodio de las guerras de España, por la posesion del reino de Nápoles, la cual tradujo el señor Cortada al castellano con el título de el *Desafío de Balletta*. Es digno yerno de Manzoni el joven marqués.

Guerrazzi ha publicado últimamente en el mismo género la novela *L'assedio di Firenze* que parece ha tenido suma aceptación en Italia, mas no hemos tenido ocasion de verla.

Colletta, emigrado político, es autor de una preciosa historia sobre los últimos años del reino de Nápoles, digna continuacion de la general de Giannone.

Ricciardi, emigrado político tambien de los mas recientes años, ha dado á la imprenta en Paris una coleccion de himnos republicanos dirigidos á las varias ciudades y estados italianos, obra sin que se pretenda entrar en sus sentimientos políticos, bastante poética por el plan y en la ejecucion mas de lo que suelen serlo las patrióticas.

Otro emigrado llamado Giannone, sobrino si no nos engañamos del célebre historiador de su mismo apellido, ha cantado en otro opúsculo llamado *L'Esule* los afanes y glorias del que tuvo que abandonar su patria por la fuerza del hado.

Berchet habia ya dado el ejemplo de esta poesía patriótica en la época napoleónica sublimándola á cuanta altura cabe en poemas de circunstancias. El caballero Berchet no es un escritor comun aunque no haya ofrecido al público, que sepamos, obra alguna de grande volumen. Además de haber excitado cual otro Tirteo el entusiasmo patrio en la citada época con aquellas sentidas expresiones

« Maledetta quell'itala bocca
Che su un viso straniero beó. »
« Su Lombardi! ogni nostro comune
Ha una torre: ogni torre una squilla;
Snoni a stormo... » (1)

(1) ¡ Oh! maldito aquel labio italiano
Que gozó sobre un rostro extranjero.

y mas tarde igual entusiasmo produjo aquella proverbial

« Esecrato, ó Carignano,
Va il tuo nome in ogni gente » (1)

publicó, segun refiere Maroncelli, en la época del *Conciliador* milanés un largo y muy agudo diálogo entre él y un tio suyo canónigo, destinado á hacer aceptar con menos dificultad y sin herir el amor propio de ningún italiano los principios de la nueva escuela por medio de ejemplos tomados de la literatura extranjera.

Pensamiento discretísimo, que indica gran conocimiento del corazón humano y de la susceptibilidad literaria, no menos que vastos conocimientos y suma confianza en la propia habilidad para manejar su arma extraña. Últimamente hemos visto bajo la firma de Juan Berchet la traducción de once romances antiguos españoles sobre los siete infantes de Lara, de la cual se juzgará por el ejemplo que no podemos resistirnos á copiar con el original á la vista para que se coteje y vea cuán bien conserva el tono original á pesar de no tener el traductor el medio del asonante (IX).

¡ Ea, ea, Lombardos! las villas
Torres tienen, las torres campanas,
A rebato tocada.

(1) Execrable, oh Cariñan,
Es tu nombre donde quiera.

(IX) Stan seduti á uno scacchiere,
Giucan li con muover tardo,
Aliatar, re di Segura

E Mudarra il gran bastardo.
Stan dinanzi a re Almanzorre,
E all'amica d'Aliatar
Aka bella, tutta brio,
Bella mora, dal bel far.

Comentando mossa e mossa,
Fini, accorti fan lor giuoco;
Che assai perde quei che perde;
Ne chi vince, vince poco.

Il re moro che tien gli occhi
Sempre addosso al volto amato
Tolto un scacco per un altro,
Gnioca e giuoca un falso agguato.

E Mudarra, che turbata,
Del re allor la mano ignora,
E non pensa ch'ei sol venne
A occhieggiar li la sua Mora.

Butta il seggio da una banda,
Pon gli scacchi in scompiglio;
Da di mano al tavoliere,
Sorge su con fiero piglio;

E dicea: — Mi tratti bene
Chi a giuocar con sé m'invita,
Che s'io re non son, l'oltraggio
Mi fa paria chi m'irrita. »

Stupidisce re Almanzorre,
Fa á Mudarra il viso bruno,
Spurio il chiama, un vil niente,
Un fighuolo di nes suno.

Ben rispondegli Muzarra,
Ma in parole non discorre.
Tutto, e scacchi, e tavoliere
Leva contro d'Almanzorre.

Tiro al cranio, e infino a morte
Senza ostacol gliel fraccassa.
Poi da quella ad altra sala
In un attimo trapassa.

La e la Mora madre sua,
Che al gridio gia sbigotti.
Ei la man su la sua spada,
A parlar leva cosi.

« Per questa ira con ch'io vegno,
Madre, madre, io vo' saper
Qui da te qual padre io m'abbia,
Da che importa un padre aver.

« Sento io si d'averlo un padre,
E un buon padre, imperocche
Buona ho madre, o veramente
Pei pensier che ho buoni in me.

« Giacché un uom m'ha generato
Non patir vo'in tempo alcun
Chi vi venga á dir sul viso
C'io son figlio di nessun:

« Ché se tu il destin m'aggravi
Col tacer le tue follie;
Sendo io figlio di nessuno
Lo saró dell'opre mie. »

Che dolor fu per la Mora
Quel vedersi li adontar!
Dal figliuol che l'ama tanto
Li adontare e minacciar!

Vuol parlargli, e non ardisce,
Che la lingua le s'intrica:
Il peccato un di commesso
Dirlo al figlio non sa mica.

Ma ne' mertí un pó del padre
Confidando, infin dichiara
Quanto mai fé Gonzal Gustio
Quanto mai fé quel di Lara.

E altre cose vien dicendo
Che traboccanle dal cuor...

El baron Camilo Ugoni, ya citado por M. Bocous como historiador de un período de literatura italiana y en la nota sobre Fóscolo, como elegante traductor y difundidor de los Ensayos de este sobre el Petrarca escritos en Inglaterra con miras mas profundas de lo que lo fueran en general las de los comentadores italianos, es excelente crítico iniciado en la estética alemana, como lo prueba su introduccion á las otras varias de Manzoni.

Tambien es buen crítico aunque algo exagerado á veces Maroncelli, compañero de infortunios de Silvio Pellico y su adiccionador: inventor de las dos celebradas denominaciones de *cormentalismo* y *proflismo* bajo las cuales pretende clasificar á todos los poetas de todas las naciones orientales, occidentales meridionales y *nordiche* del Norte; empresa harto vasta, de erudicion mas que humana y que le hace moridar, como á tantos otros críticos extranjeros, los nombres de Schiller, Goëthe, Cervantes, Calderon, Lope de Vega, el Romancero del Cid con el del buen Boscan, mas afortunado siempre en el extranjero que en España.

Como obra de crítica italiana es digno de mencion el periódico italiano-francés mensual que con el título de *el Desterrado* empezó á publicar en Paris por diciem-

Onde poi fu il suo Mudarra
De' fratei vendicator.

Sentados á un ajedrez
Espacio su juego entablan
Aliatar, rey de Segura,
Y el gran bastardo Mudarra,
Delante el rey Alánzor
Y en la presencia de Aja,
Mora que sirve Aliatar,
De mucho donaire y gracia.
Discurriendo van por lances,
Juegan con destreza y maña,
Que pierde mucho el que pierde
Y gana mucho el que gana.
El rey moro que los ojos
Tiene puestos en quien ama,
Tocó una pieza por otra
Jugando una treta falsa:
Mudarra que no conoce
Dél rey la mano turbada,
Ni si por ver á su mora
Vino á jugar ó jugaba,
A una parte echó la silla,
Las piezas todas baraja.
Y dando mano al tablero
En pié se pone y levanta,
Diciendo: — Trátame bien
Quien á su juego me llama,
Que aunque no soy rey, la injuria
Con quien me enoja me iguala.
Aliatar se espantó de esto,
Y de Mudarra se agravia:
Llámale bajo y espurio,
Hijo de ninguno, y nada.
A sus razones réplica
Mudarra no con palabras,
Mas levantó para el rey
Juntos ajedrez y tabla,
Con que sin reparo alguno
De muerte le descalabra,
Y con presteza no vista
De allí se parte á otra sala,
Do está la mora su madre
Ya del ruido alborotada.
La espada en la mano pone
Y de esta suerte la habla:
— Importa, enemiga madre,
Al enojo con que vengo
Decirme el padre que tengo,
Porque importa tener padre;
Que yo por muy claro siento
Que tengo padre, y buen padre,
Por tener tan buena madre
O por mi buen pensamiento.
No quiero á mis ojos ver
Quien me diga en tiempo alguno
Que soy hijo de ninguno,
Pues alguno me dió ser.
Y si tú, fortuna, sobras
En dar me mal importuno,
Cuando no sea de ninguno
Seré hijo de mis obras.
Afligida está la mora
Por verse del hijo que ama
Ultrajada por un cabo
Y por otro amenazada.
Hablarle quiere y no osa,
Que la lengua se le traba
Del yerro pasado hecho
Que al hijo decir no osaba;
Mas en el valor del padre
Algun tanto confiada,
Le descubre todo el hecho.
Del de Bustos y el de Lara;
Y otras razones le dijo
Salidas allá del alma,
Por lo cual vino á tomar
De sus hermanos venganza.

(ANÓNIMO.)

bre de 1832 una sociedad de emigrados doctos, entre los cuales figuraba el citado Maroncelli al lado de Mazzini (4), del conde Carlos Pepoli, de Francisco Saliféle-gido para adiccionar la historia literaria de Italia de M. Guinguené, del conde Terencio Mamiani della Ró-vere, autor de una coleccion de himnos sagrados inferiores á los de Manzoni, y otros.

Ultimamente, es apreciable el nombre de Barbieri por la inteligencia y buen gusto con que traduce y propaga en Italia las mejores obras alemanas, así de historiadores como de poetas. Las versiones de la historia general de Juan Müller y del *Fausto* de Goëthe, que hemos visto, son modelos en su género. Préstale á menudo sus prensas el famoso tipógrafo Nicolás Bettoni que en un decurso de 25 años llevaba publicados en 1832 cinco millones de volúmenes, y se disponia á continuar.

En la clase de improvisadores (stemporanei) ha he-

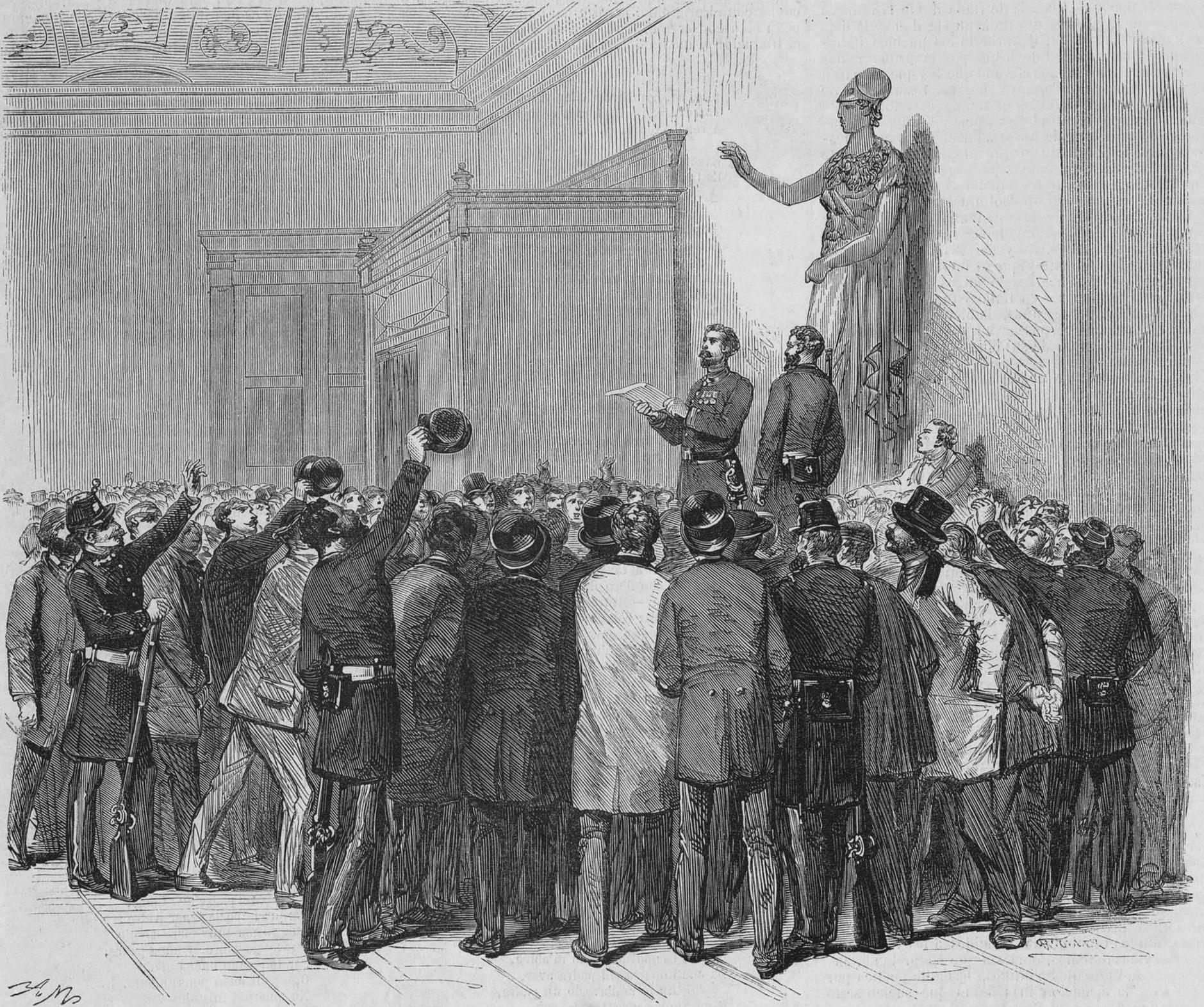
redado la gloria del caballero Sgricci, Cicconi, quien, establecido en Paris, atrae á menudo la curiosidad de las mas célebres notabilidades contemporáneas improvisando en su presencia y sobre punto dado tragedias y otras piezas poéticas. De él hemos visto en los periódicos de Paris algun artículo escrito con calma, bastante á probar que no es hombre solo de palabras y rima sino tambien de buen juicio; sus improvisaciones podrán de consiguiente ser no tanto efecto de una nueva disposicion material por la rima, como suelen ser las mas, como hijas de un entusiasmo poético pronto y no indócil al verso.

Terminaremos estas ligeras apuntaciones sobre la literatura italiana de nuestros dias con una observacion general sobre la misma. No aparece en ella ninguno de aquellos hombres con alma de gigantes capaces ellos solos de dar direccion á todo un siglo; no aparece co-

mo en otros un Dante, un Ariosto, un Maquiavelo; tampoco como recientemente en otras naciones un Walter-Scott, un Chateaubriand, un Schiller ó un Goëthe; esas criaturas sublimes, semidioses en la tierra, son en gran parte hijas de las circunstancias de su pais y las actuales de Italia son en nada favorables al ingenio literario.

Mucho es y debe servir de abono y sosten á su antigua gloria, que en medio de su degradacion política, de la corrupcion de costumbres, de la censura monacal, de la educacion escolástica, pueda siempre la Italia presentar al resto de la Europa hombres que no la den jen creer que murió para todo progreso político y literario.

No murió, no, como quiere decirse, la tierra de los Marones, Tácitos, Ulpianos, Dantes, Bocacios, Ariostos, Maquiavelos, Tassos, Galileos, Rafaelos, Buonarro-



LA REVOLUCION DEL 4 DE SETIEMBRE. — El pueblo en el Cuerpo legislativo. — Lectura de la lista de los miembros del gobierno en la sala de Pasos Perdidos.

tis, Vicos, etc., etc.: ved las frentes despejadas de sus hijos, la vivacidad de sus ojos, su continente emprendedor al cual falta solo un objeto, y os convencereis de que su muerte no es muerte sino postracion pasajera; id á escuchar los acentos de Rossini, de Bellini, de Donizetti y me direis si ha muerto el númen en el pais que los engendró.
J. LL.

(1) Este interesante genovés, cabeza la mas robusta que haya producido la Italia del dia, no puede ocupar en esta reseña sino un lugar muy secundario, pues si bien todos sus escritos dejan ver en la vestimenta y hasta en el fondo al primitivo poeta y literato, están exclusivamente consagrados á la política. Pero su opúsculo sobre el *Arte en Italia* basta á asignarle un lugar entre los críticos italianos contemporáneos. Sobre dicho cuaderno puede quizás hacerse á Mazzini una acusacion inversa á la que él hace á Grossi y á Manzoni, tan justa al menos como la suya. Quéjase de que la

Episodios de la revolucion

DEL 4 DE SETIEMBRE.

El pueblo en el Cuerpo legislativo. — Una reunion de los miembros del gobierno provisional.

En nuestros números anteriores hemos dado ya la re-

actual escuela del romance histórico olvida el objeto esencial de toda produccion, la política, por las bellezas de descripcion y las menudencias psicológicas: en las miras de Mazzini vemos un positivismo tan extremado que ahogaria en definitiva toda poesia. Por lo demás es imposible escribir con mas calor, con mas energia de pensamiento, con mas fuerza de conviccion, con miras mas vastas, con mas flexibilidad de estilo en una lengua extraña, cual lo es para él la francesa en la que difundia sus escritos por todo el occidente de Europa desde un risco de la Helvecia.

lacion completa de la revolucion del 4 de setiembre en Paris, que tuvo por objeto la caída del imperio y el establecimiento de la República; pero hubo episodios que no pudieron tener cabida entonces entre nuestros dibujos, como por ejemplo, la invasion popular en la sala de Pasos Perdidos del Cuerpo legislativo.

Esta escena representa nuestro grabado de la página 244.

Es la lectura de la lista de los miembros del gobierno provisional que conocen ya nuestros lectores.

Emmanuel Arago; Crémieux; Jules Favre; Jules Ferry; Gambetta; Garnier-Pagés; Glais-Bizoin; Pelletan; Picard; Rochefort; Jules Simon, representantes de Paris.

Tambien damos los retratos de los miembros del nuevo gobierno en la página 245, ese gobierno de la defensa nacional que expuso inmediatamente su programa en los dos documentos que copiamos á continuacion.

El primero es una proclama al ejército que dice así:



Una reunion de los miembros del gobierno provisional en el Hotel de Villa.

« Cuando un general ha comprometido su mando, se le quita.

Cuando un gobierno ha puesto á la patria en peligro con sus faltas, se le destituye.

Esto es lo que acaba de hacer la Francia.

Abolviendo la dinastía que es responsable de nuestras desgracias, ha cumplido á la faz del mundo un acto de justicia.

Ha ejecutado el fallo que habian dado todas vuestras conciencias.

Ha llevado á cabo al mismo tiempo un acto de salvacion.

Para salvarse la nacion necesitaba no depender mas que de sí propia y no contar en adelante mas que con dos cosas: su resolucion, que es invencible, y vuestro heroismo que no tiene igual y que en medio de inmerecidos reveses está asombrando al mundo.

¡Soldados! al aceptar el poder en la crisis formidable que atravesamos, no hemos hecho una obra de partido.

No estamos en el poder, sino en el combate.

No somos el gobierno de un partido, sino el gobierno de la defensa nacional.

No hemos tenido mas que un objeto, una voluntad; la salvacion de la patria por el ejército y por la nacion, agrupados en torno del glorioso símbolo que hizo retroceder á la Europa ochenta años atrás.

Hoy, como entonces, el nombre de República quiere decir:

Union íntima del ejército y del pueblo para la defensa de la patria. » (Siguen las firmas.)

El segundo documento es esta circular dirigida á los administradores provisionales y á los prefectos de los departamentos de la República por el individuo del gobierno de la defensa nacional delegado en el ministerio del Interior.

« Señor prefecto, al aceptar el poder en tal peligro de la patria, hemos aceptado grandes riesgos y grandes deberes. El pueblo de Paris que el 4 de setiembre volvia á encontrarse despues de tan larga ausencia, no lo ha entendido de otro modo, y sus aclamaciones quieren decir claramente que espera de vosotros la salvacion de la patria.

Nuestra nueva República no es un gobierno que implica las disensiones políticas, las vanas contiendas; es, como hemos dicho, un gobierno de defensa nacional, una República de combate á muerte contra el invasor.

Rodeaos, pues, de los ciudadanos animados como nosotros mismos del deseo inmenso de salvar la patria y dispuestos á no retroceder ante ningun sacrificio.

En medio de estos colaboradores improvisados desplegado la sangre fria y el vigor que deben caracterizar al representante de un poder decidido á todo para vencer al enemigo.

Sostened á todo el mundo con vuestra actividad sin límites en todas las cuestiones en que se trate del armamento, equipo ó instruccion militar de los ciudadanos.

Han desaparecido todas las leyes prohibitivas, todas las restricciones funestamente aplicadas á la fabricacion y venta de las armas.

Que cada francés reciba ó tome un fusil y que se ponga á la disposicion de la autoridad: *¡La patria está en peligro!*

Dia por dia se os darán avisos concernientes á los detalles del servicio. Pero haced mucho por vos mismos y esmeraos especialmente en grangearos la cooperacion de todas las voluntades para que en un inmenso y unánime esfuerzo la Francia deba su salvacion al patriotismo de todos sus hijos. »

Y firma el ministro del Interior, M. Gambetta.

R. S.

Revista de Paris.

El gran acontecimiento de la semana ha sido la relacion del señor ministro de Negocios extranjeros sobre su viaje al cuartel general de los prusianos. M. Jules Favre da cuenta en este informe á sus compañeros del gobierno provisional, de la mision diplomática que se habia impuesto á fin de entenderse con M. de Bismark para la cesacion de una guerra que parecia ya sin motivo, estando en cautividad el emperador Napoleon III que la habia suscitado y desbaratados ó encerrados en Metz los ejércitos franceses.

Esta relacion es una página de historia contemporánea que presenta á M. Jules Favre bajo un nuevo aspecto, el de un diplomático consumado. El ministro de la República ha podido volver á Paris sin ver realizadas sus aspiraciones; pero de todos modos, la victoria ha sido para él, pues haciendo que la Prusia declare á la faz del mundo sus intentos, ha puesto de parte de Francia las simpatías de todos los pueblos de Europa.

¡Qué diferencia entre el lenguaje del ministro de la República y el del servidor del rey Guillermo!

Al uno las ideas de humanidad, de clemencia, de fraternidad

de los pueblos; al otro las palabras de guerra, de bárbara conquista, sin cuidarse para nada de los votos de las poblaciones.

— Nosotros, decia Jules Favre, somos los hombres de paz y libertad. Siempre nos opusimos á la guerra que emprendia el gobierno imperial por sus intereses dinásticos, y así que cayó aquel gobierno nos apresuramos á declarar que la paz y la libertad constituian nuestro programa.

Y Bismark despues de reconocer que, efectivamente la oposicion habia sido constantemente opuesta á la guerra, contestaba:

— La Francia es nuestra enemiga hace dos siglos y queremos reducirla á potencia de segundo orden. Queremos la Alsacia y la Lorena, esto es, tres departamentos franceses, dos grandes plazas fuertes, Estrasburgo y Metz, y diez ó doce ciudades fortificadas que están cometiendo el crimen de resistirse hace siete semanas.

La paz era imposible y entonces M. Jules Favre trató la cuestion de un armisticio para que la Francia pudiese nombrar una Asamblea que decidiese sobre las pretensiones de la Prusia.

M. de Bismark no queria tal armisticio, pero al cabo pareció acceder con las siguientes condiciones; que se entregarían Estrasburgo, Toul y el Monte Valeriano.

— ¿Por qué no me pedís Paris? preguntó amargamente Jules Favre.

Y fué en efecto la única palabra irónica que salió de su boca en estas conferencias que desgarraban su corazon y le hacian derramar ardientes lágrimas.

Es imposible leer sin conmocion esta dolorosa historia de tan singulares negociaciones.

El teatro era un pais devastado, asolado por los crueles enemigos, no diremos ya del imperio de Napoleon III, sino de la nacion francesa que no ha abrigado jamás los sentimientos de hostilidad rencorosa y aveve que M. de Bismark la atribuye gratuitamente. Allí, primero en el corral de una granja saqueada y luego en el salon de un palacio invadido por la soldadesca, el ministro de la naciente República francesa convidaba con una paz honrosa al representante de un rey embriagado con un triunfo inaudito y que le hacia sentir bajo una cortesía afectada todo el gozo que rebosaba en su corazon, todo el orgullo de que se hallaba poseido.

Su insolencia llegó hasta un punto verdaderamente increíble.

Casi habia consentido en el armisticio, cuando se le ocurrió que la guarnicion heroica de Estrasburgo debia serle entregada como prisionera de guerra.

« Aquí, dice Jules Favre, el dolor traspasó mi alma y no pude menos de levantarme y decir:

« — Señor conde, olvidais que estais hablando con un francés; sacrificar una guarnicion heroica que hace nuestra admiracion y la del mundo, seria una cobardía y no os prometo decir que me habeis puesto una condicion semejante. »

M. de Bismark, con su frialdad diplomática, contestó que no tenia intencion de ofenderle, y que podia buscarse otra combinacion; mas lo cierto es que despues de haberlo consultado con el rey Guillermo, el ministro prusiano insistió en que se entregara la guarnicion de Estrasburgo.

No habia ya mas que hablar, no habia otra cosa que hacer sino despedirse y separarse, y proclamar á la faz del mundo lo ocurrido, para que el mundo juzgue.

Y así lo hizo Jules Favre: atravesó de nuevo las líneas enemigas posesionadas del territorio nacional y disponiéndose á ceñir con un cerco de hierro la gran ciudad del siglo XIX; llegó á Paris y publicó su informe, obra imperecedera, obra inmortal de política, de diplomacia escrita con un estilo verdaderamente literario.

En el próximo número insertaremos este documento de tanto valor histórico, y antes de proseguir la relacion de los acontecimientos de la semana, vamos á resumir aquí algunos apuntes biográficos acerca de su autor, que se ha elevado á tal altura con esa obra elogiada por todos.

M. Jules Favre nació en Lyon el 25 de mayo de 1809.

En 1830 terminó su carrera de abogado, y en esa misma época publicó una carta en el *Nacional* pidiendo la destitucion del rey y la creacion de unas Constituyentes.

Trasladóse despues á Lyon, y en noviembre de 1831 se puso al lado de la Guardia nacional en la sangrienta lucha entre los obreros y el ejército.

En 1834 hizo la defensa de los obreros procesados por delito de asociacion.

En 1835, al defender á los acusados del mes de abril, empezó su discurso diciendo: « Yo soy republicano. »

En la revolucion de febrero fué nombrado secretario general del ministerio del Interior.

Elegido representante del pueblo por 64,260 votos, presentó su dimision de secretario del ministerio.

Miembro de la comision de los negocios extranjeros, tomó una parte muy activa en los trabajos de la Asamblea; fué tambien ponente de la comision que debia informar sobre la demanda que se presentó para procesar á Luis Blanc.

Despues de la eleccion del 10 de diciembre hizo constantemente la oposicion al presidente de la República, censurando vivamente la direccion dada á la expedicion de Italia.

Despues fué elegido en el departamento del Ródano y

por su actividad y energia de carácter era considerado como uno de los jefes del partido democrático.

El golpe de Estado del 2 de diciembre alejó de la política á Favre.

Fué elegido miembro de los consejos generales del Loira y del Ródano, pero no quiso prestar juramento á la nueva Constitucion. En 1857 fué el candidato de oposicion en Lyon, pero hasta 1860 no tuvo asiento en el Congreso. Su nombre, en el entretanto, habia sonado en el proceso de Orsini, que defendió el diputado demócrata.

Su voz no cesó de tronar contra el gobierno, y la política interior le dió ancho campo para sostener la oposicion. Con motivo de la guerra de Italia pronunció uno de sus mejores discursos. Por entonces fué el jefe reconocido del grupo llamado « Los cinco », grupo que firmaba todas las proposiciones contra el gobierno.

Reelegido en 1863 por la ciudad de Paris, Favre continuó su obra, y en 1867 creó graves dificultades á la marcha del imperio; atacó repetidas veces el atentado contra la libertad de Méjico, y en 1869 fué otra vez diputado por Paris.

Desde el 4 de setiembre Jules Favre campea en otro horizonte. Se ha revelado como un talento político de primer orden en las esferas del gobierno, como un hombre de Estado cuya personalidad descuella en la administracion actual, lo mismo que la de Lamartine en 1848. Es el hombre de la situacion, y se ha elevado á tan alto puesto, tanto con su primera circular á las potencias, que es el programa del gobierno de la defensa nacional, como con el informe sobre su entrevista con M. Bismark, de que acabamos de ocuparnos.

Ante las exigencias de la Prusia expuestas por el señor ministro de Negocios extranjeros en tan bello y tan patriótico lenguaje, la Francia entera se ha conmovido y se dispone á una lucha encarnizada contra su implacable adversario.

Con efecto, mientras se activan los armamentos en las provincias, Paris ofrece el espectáculo de un pueblo resuelto á apelar para su defensa á los últimos extremos.

La indiferencia de los últimos dias de la era imperial se ha cambiado en general entusiasmo.

La guardia nacional de Paris, cuyo efectivo llega á la enorme cifra de 400,000 hombres, no desea mas que la hora del combate.

La guardia movilizada ha tenido ya ocasion de demostrar lo que vale, en las dos acciones en que, á la par del ejército activo, ha entrado en lucha con los prusianos.

La primera de estas acciones no fué afortunada; los prusianos se quedaron dueños de la posicion en las circunstancias siguientes:

Cuatro divisiones de infantería al mando del valiente general Ducrot tomaron la ofensiva en la mañana del 19 de setiembre contra los ejércitos sitiadores.

El general Ducrot se posesionó de la línea de Villejuif, Chatillon, Clamart é Issy, haciendo frente á las fuerzas enemigas, que en número de 120,000 hombres se encaminaban hácia Versalles.

Al primer reconocimiento hecho al amanecer se pudo descubrir esta desproporcion enorme entre los combatientes.

Entonces el general dió la orden de retirada, y entonces tambien algunas tropas, un regimiento de zuavos, emprendió una huida que no paró hasta Paris, donde con su presencia en desorden sembraron un pánico indescriptible.

Ya están castigados como merecen estos desertores ante el enemigo, que neutralizaron con su fuga los buenos efectos de la jornada, pues en suma, la artillería causó grandes pérdidas al enemigo y los batallones de guardia movilizada de Paris y los departamentos se condujeron admirablemente.

No tardó, sin embargo, en recuperarse lo perdido.

Un cuerpo de 8,000 hombres se habia apoderado del reducto de Villejuif, en tanto que otros regimientos prusianos avanzando por la cresta de las colinas que dominan á Vitry, ocupaban el molino Saquet, y sobre la izquierda un tercer cuerpo se instalaba en la planicie de las Hautes Bruyeres.

Observados por los franceses, la division del general Maud'huy empenó inmediatamente la accion, y protegida por los fuegos del fuerte de Bicetre recobró sucesivamente todas aquellas posiciones.

Los prusianos, cuando se vieron descubiertos, opusieron fuerte resistencia, sobre todo con los refuerzos que les llegaban á cada instante; mas los franceses arreciaron tambien en su embestida y á las siete y media de la mañana el enemigo se replegaba en toda la línea.

Dos horas despues las tropas prusianas volvian á la carga, aumentaba el cañoneo y una columna de 10,000 franceses que salia por la puerta de Italia llegaba al campo de la accion y decidia la victoria.

A las diez los prusianos tocaban retirada hácia Sceaux y Verrieres, habiendo sufrido grandes pérdidas.

Los soldados, lo mismo que la guardia móvil, se batieron con el mayor denuedo; los artilleros de la marina que sirven los fuertes dieron pruebas de su maestría acostumbrada, y las ametralladoras, cuyo estampido estridente se oía

en todo París, no cesaron de disparar durante tres cuartos de hora.

La poblacion celebró la victoria, que fué notable, aun descartando las exageraciones de los noveleros, que hablaban de 10,000 prisioneros y no sabemos ya cuántos cañones.

Esta predisposicion de los parisienses á desfigurar las cosas es en alto grado deplorable: lo mismo en la mala que en la buena fortuna la verdad, y nada mas que la verdad, es lo que debe tenerse presente, sobre todo cuando ha hablado el gobierno.

Sea como quiera, las posiciones conquistadas siguen en poder de los franceses, y este triunfo es seguramente precursor de otros mas importantes que á cada hora se esperan.

Mucho se habla y se discurre sobre los planes de ataque de los prusianos; pero no nos parece oportuno señalar aquí esas diferentes combinaciones estratégicas fundadas en simples conjeturas.

París, bien preparado, muy alerta, espera al enemigo que trata de establecerse en las alturas del contorno, en tanto que se lo permiten los artilleros de la marina.

Alguno de estos artilleros se ha hecho ya una gran reputacion destruyendo con su acertada punteria los cañones que arma el enemigo.

¿Qué es lo que se proponen los prusianos? se preguntan todos los dias los parisienses.

¿Será un bombardeo, será un ataque á viva fuerza contra uno ó mas puntos á la vez, ó se proponen sitiarnos por hambre, con esa tenacidad alemana que para todas las cosas sabe tomarse el tiempo conveniente?

Esto es lo que se ignora y sobre estos puntos giran las suposiciones de los estrategistas.

Repetimos que no entraremos en este campo abierto á la discusion, porque nos parece supérfluo, en razon á que de un dia á otro los acontecimientos nos dirán definitivamente cuál es el plan de los enemigos.

Estamos sí con los que aconsejan que ha pasado el tiempo de hacerse ilusiones, y que es preciso considerar la situacion con toda la terrible gravedad con que se nos ofrece.

No hay que hacer caso de las supuestas desgracias que se atribuyen á un enemigo pujante y victorioso.

¿Qué de cosas no se han dicho en este orden de ideas! Desde el principio de la campaña ha habido el prurito de poner en circulacion los rumores mas absurdos, siempre desmentidos por la realidad, que ha sido hasta el dia bien terrible.

Para limitarnos á lo que concierne á París, recordaremos solo que se ha dicho mil veces que el bloqueo completo de la capital era imposible; que para hacerle se necesitaria un ejército de mas de un millon de hombres.

Y sin embargo, el bloqueo existe, riguroso hasta no mas, y quizás los prusianos no tienen 400,000 soldados en el contorno.

Ya no puede haber la menor duda: desde el 17 estamos incomunicados con todo el mundo, y si se sabe fuera algo de nosotros, será gracias á los globos libres ó con viajeros que la administracion de correos despacha con la correspondencia pública.

Así, pues, no nos hagamos ninguna ilusion: que todo el que tiene un fusil se halle bien convencido de que es preciso resistir á un enemigo poderoso, provisto de medios de accion desconocidos hasta el dia, con generales capaces que han estudiado perfectamente lo que atañe al sitio, con todos los elementos, en fin, para la obra destructora que tanto seduce al rey Guillermo; y esa conviccion hará que la defensa se encuentre al nivel del ataque, que sea fuerte, poderosa y terrible.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

EN LA PRIMERA PÁGINA DE UN ALBUM.

¿De tu precioso libro de recuerdos
La página primera es para mí?
Me honras tanto con eso, que confieso
No saber qué pensar, ni qué decir.

Muchos al ver mi nombre en esta página,
Mi risueña fortuna envidiarán,
¡Oh! y en verdad que deben envidiarla
Sabiendo lo que vale tu amistad.

Mas... ¿la primera página de un libro?
¡Ay! mi amiga, hace tiempos que está escrito
Que « últimos los primeros han de ser. »

Si es así, yo que contra todos lidio
De tu amistad por el laurel simpar,
Pido me pases al último en tu libro
Como me hagas primero en tu amistad.

RAFAEL POMBO.

EL NIÑO ENFERMO.

(BALADA ALEMANA.)

— ¿Qué música es esa, qué vago sonido,
Qué cánticos vienen mi sueño á turbar?
¡Oh madre, repara quién es que mi oído
Regala á deshora con dulce cantar!

— Yo nada, hijo mio, ni escucho ni miro:
Reposa, que nadie te canta, ¡oh mi amor!
Ni suena una cuerda, ni se oye un suspiro,
¡Pobre niño enfermo, te abrasa el calor!

— No, madre, esos cantos que son mi consuelo
No son los terrestres que sueles oír;
Los ángeles cantan abriéndose el cielo...
¡Adios, madre mia, ya empiezo á dormir!

P. MADRAZO.

Bombas, granadas, balas.

Todos los dias leemos correspondencias que se dicen escritas en el campo de batalla en las cuales reina una singular confusion y se cometen peregrinos errores.

Raras son las correspondencias cuyos autores no nos refieran que han visto en lo mas recio de un combate surcar por el aire bombas ó caer estas cerca de ellos, cosa poco menos que imposible.

Para instruccion de las personas ajenas á la milicia que al fin y al cabo no están obligadas á saber la diferencia que existe entre las bombas, las granadas y las balas, queremos explicar en qué consisten cada una de estas clases de proyectiles, y ponerles en guardia contra las bombas imaginadas por algunos correspondientes.

La bomba es un proyectil esférico y de gran calibre empleado en el ataque y en la defensa de las plazas para arruinar edificios ó para incendiarlos; para abrir boquetes en las trincheras de los sitiadores, destruirlas, prender fuego en las provisiones y matar á los trabajadores ocupados en las obras de defensa.

La bomba es hueca y está llena de pólvora; una mecha cuya longitud está calculada por el tiempo que ha de permanecer en el aire, ó un piston que le comunica fuego en el momento de dar contra el suelo ó contra el objeto adonde se dirige, producen la explosion en tiempo oportuno.

Al caer una bomba en un edificio lo hunde, á menos que sea una casamata construida á prueba de bomba, ó sea, con bóveda de un espesor bastante considerable para resistir el peso de ese enorme proyectil, peso que aumenta en alto grado la velocidad que adquiere en el instante de caerse.

No faltan personas cándidas que habiendo leído hechos de esta clase en conmovedores relatos, se figuran que revistiéndose de mucho valor, cuando una bomba se cae al suelo y hace en él un hoyo, se puede antes de que estalle arrancarle la espoleta é impedir por lo tanto que reviente.

No quisiéramos que ninguno de nuestros generosos y decididos lectores se atreviese á probar semejante cosa, si por casualidad cayese á sus piés una bomba, pues que de seguro no conseguiria su objeto y correria á una muerte inevitable. Lo que se puede hacer es lo que con peligro de sus dias verificó el 19 de marzo de 1855 en la trinchera de Sebastopol un intrépido soldado del regimiento núm. 48 de línea, llamado Davoine. Una bomba lanzada por el enemigo cayó sin estallar en medio de un grupo de soldados que estaban de guardia, los cuales indefectiblemente iban á ser víctimas de ella, cuya mecha estaba encendida, estando próximo el momento de estallar. Davoine cogió la bomba con ambas manos y la arrojó á la otra parte del parapeto, donde reventó sin causar daño á nadie.

Ese valiente soldado obtuvo por recompensa de su arrojo en esa ocasion la medalla militar, habiéndose además hecho mencion de él en la orden general del ejército.

Vamos á explicar ahora por qué la bomba no puede emplearse en el campo de batalla, excepto en el caso de tratarse de una plaza fuerte como cuando el ataque de Sebastopol.

La bomba se arroja por medio de una boca de fuego llamada mortero, que tiene la forma de un cono truncado ó mas bien semi-esférica, en el fondo del cual se coloca la pólvora en corta cantidad, en comparacion con el peso del proyectil, empleando todas las precauciones imaginables para que el roce no determine la explosion, lo cual sucede algunas veces.

El mortero, así llamado por su semejanza con el de los drogueros y farmacéuticos, se sitúa en un punto fijo y en plataformas de madera construidas al intento. No tiene cureña con ruedas como el cañon, y por lo tanto no puede trasportarse con rapidez de un punto á otro en el campo de batalla. Las baterías de morteros están fijas y para deshacerlas es menester bastante tiempo.

La bomba describe en el aire una parabola ó curva mas ó menos prolongada antes de caer sobre el objeto contra el cual se la dirige. Se la ve venir: en un campo de batalla serviria de poco, muchísimo menos que la granada y que la bala.

Así, pues, lectores míos, siempre que en la relacion de una batalla ó de un combate trabados lejos de una plaza fuerte halleis que el autor de ese relato se ha visto en riesgo de ser destrozado por una bomba, no os asustéis por los peligros que haya podido correr.

Los proyectiles empleados en el campo de batalla son la granada oblonga y la granada de balas para hacer fuego á larga distancia, y por último, los saquitos de metralla para hacer fuego á distancia corta. La bala ó proyectil lleno solo se usa para derribar un obstáculo, para abrir brecha ó para destrozarse el casco de un buque.

La granada oblonga es un proyectil hueco, cuya forma es la que su nombre indica. Está lleno de pólvora y estalla mas ó menos lejos, en razon de la longitud de la mecha destinada á comunicar el fuego al interior.

La granada se arroja por medio de piezas de artillería largas, llamadas cañones ú obuses. El calibre de esas bocas de fuego no es igual en todas las naciones. En Francia las hay de tres clases, á saber: el cañon rayado de á doce, el cual obtiene un alcance máximo de 3,200 metros; el cañon rayado de á cuatro, y el cañon rayado de montaña de á cuatro. Este último con su cureña se transporta por medio de mulos.

El cañon de á doce sirve para las baterías de reserva; su proyectil pesa 42 kilogramos junto con la carga. El cañon de á cuatro se usa en las baterías de divisiones; es el que mas abunda y el que mas se emplea en campaña; su proyectil pesa 4 kilogramos. La pieza de montaña se usa en el terreno donde la pieza comun no puede rodar.

La granada se arroja directamente al objeto sobre el cual se apunta ó de rebote, ó sea haciendo que dé varias veces en el suelo, y que se levante y vuelva á caer sucesivamente en él para romper los obstáculos que encuentre á su paso.

La granada comun estalla y esparce sus cascotes ó fragmentos en torno suyo. La granada de balas además de sus cascotes, lanza los proyectiles contenidos en su interior.

El saco de metralla es un recipiente que encierra balas de grandes calibres que esparce entre los enemigos á distancias cortas.

Los proyectiles quedan libres al salir de la boca de fuego, se extienden en el aire á manera de abanico ó ruedan y abarcan un espacio tanto mayor cuanto mayor es la distancia á que se halla el blanco contra el cual se disparan, blanco que no puede estar á mas de cuatrocientos ó quinientos metros, si se quiere que el tiro aproveche.

Por último, la bala llena, mucho menos peligrosa que la granada y que en otro tiempo se usaba en el campo de batalla con preferencia á cualquier otro proyectil, solo se utiliza para derribar obstáculos materiales en los sitios y en la mar, empleándose principalmente para batir en brecha ó para echar á pique algun buque.

P.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 925.)

— Abrieron la caja, ó por mejor decir, la rompieron, y... adivinad lo que contenia.

— ¡Una vela! exclamó mis Garden con presteza. ¡Oh! decid que era una vela.

— Bien quisiera por daros gusto; pero ante todo la historia. El contenido de la caja era simplemente una mecha, mucho mas gruesa que las que se hacen hoy. La mecha estaba untada de grasa y cubierta con una pasta de color oscuro, que segun dijo el rector era polvo que se habia pegado al sebo de la mecha. Por lo demás, el objeto está en su posesion, de modo que podeis verle cuando os agrade.

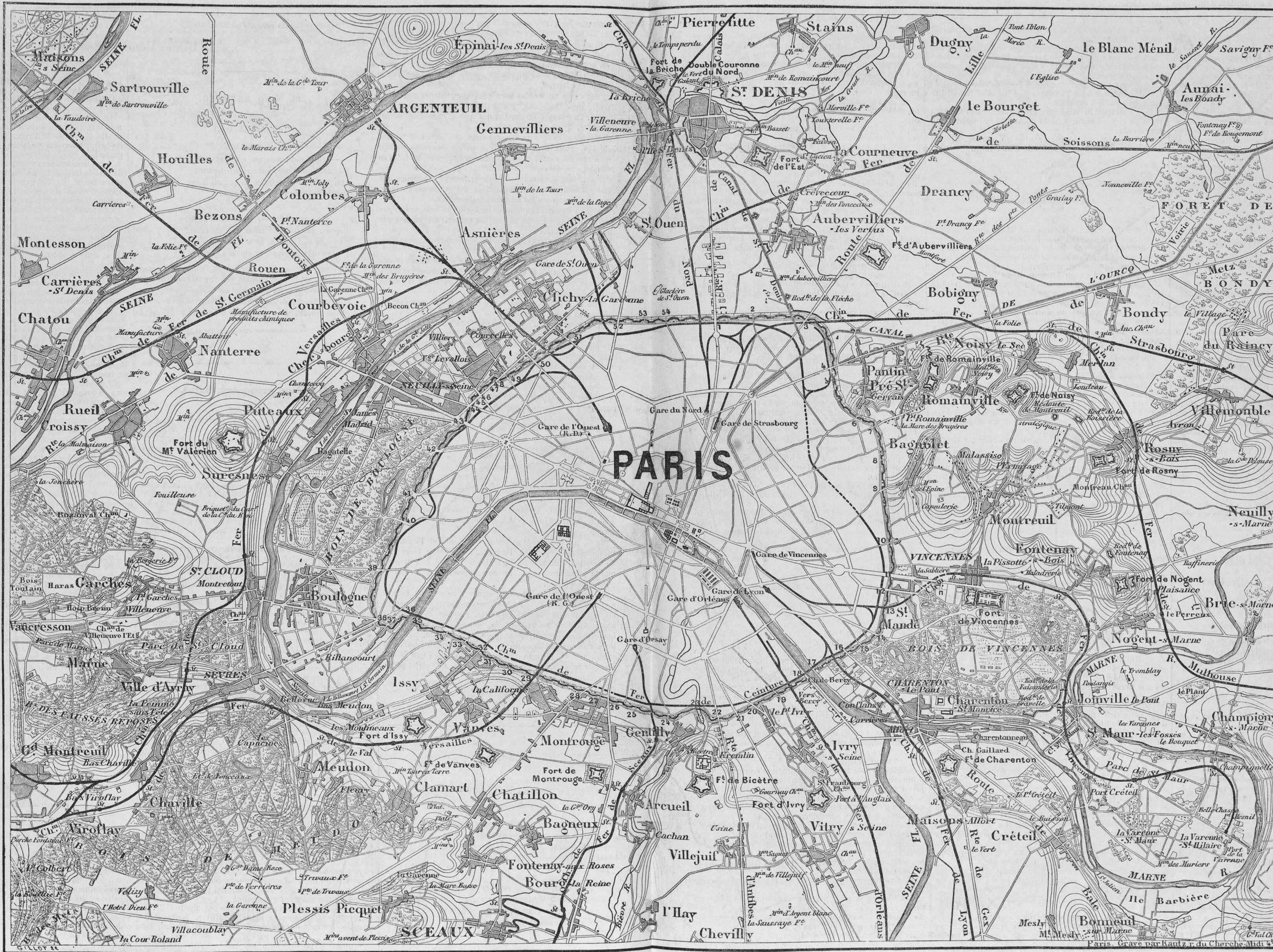
— ¡Oh! Sí, lo veré, dijo Gracia. ¡Qué historia tan singular, M. Raby, y qué bien la ha contado!

— Admirablemente. Echemos un trago á su salud.

— Que beba él, yo necesito toda mi razon para com-

1. Puerta de la Chapelle Saint-Denis.
2. Puerta d'Auber-villiers.
3. Puerta de la Vil-lette.
4. Puerta de Pan-tin.
5. Poterna des Prés - Saint-Gervais.
6. Puerta des Prés-Saint-Gervais.
7. Puerta de Ro-mainville.
8. Puerta de Ménil-montant.
9. Puerta de Bagno let.
10. Puerta de Mon-treuil.
11. Puerta de Vin-cennes.
12. Puerta de Saint-Mandé.
13. Puerta de Mont-empoivre.
14. Puerta de Picpus
15. Puerta de Reuil-ly.
16. Puerta de Cha-renton.
17. Puerta de Bercy.
18. Puerta de la Gare
19. Puerta de Ivry.
20. Puerta de Vitry.
21. Puerta de Choisy
22. Puerta de Italia.
23. Poternas de Peu-pliers.
24. Puerta de Gentilly.
25. Puerta d'Arcueil
26. Puerta de Or-leans.
27. Puerta de Mont-rouge.

28. Puerta de Cha-tillon.
29. Puerta de Van-ves.
30. Puerta de Plai-sance.
31. Poterna de la Plaine.
32. Puerta de Ver-salles.
33. Puerta de Issy.
34. Puerta de Sèvres
35. Puerta del Bajo Meudon.
36. Puerta de Billan-court.
37. Puerta du Point-du-Jour.
38. Puerta de Saint-Cloud.
39. Puerta de Au-teuil.
40. Puerta de Passy.
41. Puerta de la Muette.
42. Puerta Da uphine.
43. Puerta Maillot.
44. Puerta des Ter-nes.
45. Puerta de Sa-blonville.
46. Puerta de Vil-liers.
47. Puerta de Cham-perret.
48. Puerta de la Ré-volte.
49. Puerta de Cour-celles.
50. Puerta de Asniè-res.
51. Puerta de Cli-chy.
52. Puerta de Saint-Ouen.
53. Poterna Mont-martre.
54. Puerta de Cli-gnancourt.



MAPA GENERAL DE LAS AFUERAS DE PARIS PARA SEGUIR LAS OPERACIONES DEL SITIO. — (Las obras de defensa construidas recientemente no figuran en este Mapa.)

prender su historia... que comprendo muy poco. En fin, puesto que ahí está la vela, debe ser verdad. ¿Qué cree el rector?

— Cree que no hay ninguna conexión entre la mecha y...

— ¿Qué importa su opinión? exclamó M. Raby en un súbito acceso de ira. Le conozco muy bien, es un escéptico de los que tanto abundan en nuestros días. No ha habido nunca un siglo tan incrédulo como el nuestro. Sociu se contentó con suponer que Cristo era un hombre, pero el grueso Renan, el de la nariz colorada, ha hecho de él un francés. El reverendo locker ha masticado el Antiguo Testamento, y los doctores de Oxford se hallan en camino de roer el Nuevo. No admiten más que los apócrifos. Pues bien, esos escépticos son los seres más crédulos de la creación; admiten sin examen las mentiras más impudentes, y las elucubraciones de la geología sobre una época que se remonta á millones de años, son más sagradas para ellos que el Evangelio. Si encuentran algún hueso de mandíbula sacado por un perro de algún cementerio, se extasían ante ese objeto y pretenden batir con él los libros sagrados. M. Coventry, vuestra historia es muy interesante; no la echéis á perder con los comentarios de un pedante incrédulo. Llenad vuestra copa y brindemos y cantemos.

Cantaron, en efecto, y bebieron, después de lo cual la conversación continuó sobre el inagotable asunto de las cosas maravillosas.

Gracia preguntó á M. Raby con la sencilla curiosidad de la juventud, si había visto en su vida algo sobrenatural.

— Por ejemplo, añadió ¿no habeis visto nunca esa antigua iglesia abandonada que dice un pastor se ilumina de noche?

— Jamás; esa iglesia está bastante distante y no se distingue de aquí. No, Gracia, nunca he sido testigo de ningún hecho sobrenatural, y lo siento mucho. No creo que los muertos tengan ningún poder sobre los vivos, pero quisiera estar seguro de ello. A fe mía, que desearía evocar muertos. Reuniría aquí en este mismo cuarto una docena de señoras y caballeros de los tiempos antiguos, y si me hiciesen la honra de corresponder á mi invitación, me vería conversando con ellos muy sereno. El hecho es que tendría mucho que preguntarles sobre ciertas aventuras y sobre ciertos pasajes de la correspondencia de familia cuya colección conservo, cosas que son y serán siempre para mí otros tantos misterios.

— ¡Oh! M. Raby, os suplico que no habléis así. Si vinieran...

Y Gracia arrojó en su derredor una mirada de espanto.

M. Raby meneó la cabeza sonriendo, y hubo un silencio glacial, durante el cual se oyó la péndola del reloj que oscilaba en el vestíbulo.

M. Raby continuó con gravedad:

— Sin embargo, si no he visto nada he oído algo. No sabría decir si era natural ó sobrenatural, pero era algo inexplicable y muy espantoso.

— ¿Qué era?

« Los perros de Gabriel. »

Gracia y Coventry se miraron.

— ¿Y qué son los «perros de Gabriel?» preguntó miss Garden acercándose al narrador.

— Cierta ruidos en el aire que suele oírse en este país y que es siempre un fuerte presagio.

— ¡Oh! ¡Qué horrible! Contadnos eso.

— Con mucho gusto. Una noche iba yo á Hillsborough por mis negocios, y al pasar junto á la antigua iglesia oí sobre mi cabeza una jauría que ladraba.

— ¡Gran Dios!

— Era la primera vez que oía « los perros de Gabriel. » En mi vida he tenido un susto semejante. Aquellos perros invisibles que parecían encarnizados en perseguir alguna presa, pasaron sobre mí con un ruido formidable y luego sus voces se perdieron en las nubes. Yo me quedé petrificado durante cinco minutos, y no recobré el sentido hasta mucho después que el ruido había cesado.

Nueva pausa, interrumpida solo por la respiración jadeante de Gracia.

— ¿Pero sucedió alguna desgracia? preguntó M. Coventry.

— Vereis lo que sucedió. Dos horas antes había yo salido de una casa de Hillsborough, afligida por un gran desastre pecuniario, y volvía á ella con consuelos eficaces, cuando oí el famoso tumulto aéreo. Vuelto en mí, continué mi camino, y al llegar á la casa encontré á la mujer desmayada junto á la puerta y en el primer piso á su marido que se había suicidado.

— ¡Oh, mi pobre padrino! exclamó Gracia echando sus brazos al cuello de M. Raby.

— Y no fué todo. A esto siguió un insulto, una odiosa ingratitud, una contienda de familia que está viva aun, y que no se calmará sino cuando la madre... y el hijo vengan á pedirme perdón de rodillas.

Así que M. Raby hubo pronunciado con ira estas palabras, se arrepintió y dijo:

— Son cosas terribles. ¿Por qué hablaros de ellas á vosotros jóvenes que las ignoráis?

M. Raby dejó su asiento y comenzó á pasearse con una agitación indecible.

— ¡Malditos sean los perros de Gabriel! murmuró la primera voz que habló de ellos desde aquella noche terrible... y será la última... Solo Dios sabe lo que es esa jauría fantástica... Lo único que le suplico es que me dispense la gracia de no volverla á oír en mi vida.

Cuando Jael Dence se presentó el día siguiente, miss

Garden la preguntó si había oído hablar de los perros de Gabriel.

Jael se quedó cortada. Gracia le hizo la descripción que había oído á M. Raby.

— Yo en vuestro lugar no hablaría más de semejante asunto, dijo la doncella.

Gracia persistió y Jael acabó por decirle que, con efecto, se oían de noche en los aires ciertos ruidos como los ladridos de una jauría y que anunciaban siempre alguna desgracia.

— Pero no son perros, añadió Jael; son las almas de los niños muertos sin bautismo que hasta el día del juicio vagan por los espacios.

Esta explicación hizo que miss Garden no creyera nada en el fenómeno, y hasta manifestó su incredulidad tarareando.

— ¡Oh! exclamó Jael aterrada, no canteis. El que canta antes de almorzar, antes de cenar llora.

XV.

LOS PERROS DE GABRIEL.

Al otro día, durante el almuerzo, M. Coventry propuso á Gracia un paseo al pico de Cairnhope para admirar la hermosa vista que desde allí se descubre sobre los cuatro condados. También la dijo que se veía Bollinghope-hause, que era su residencia.

Gracia accedió y seguidamente dijo á Jael que se preparase para acompañarla. Con su perspicacia femenina adivinaba que M. Coventry cuando la señalara su palacio la preguntaría si quería ser el ama.

Ahora bien, sea que no sintiera deseos de responder muy pronto á tal pregunta, sea por un instinto irracional de defensa, sea en fin por pura modestia, Gracia quería que hubiera entre ella y su admirador una tercera persona.

Por esto invitó á Jael á que la siguiera.

M. Raby aprobó el proyecto con la condición de que los jóvenes harían su ascensión por el lado de levante, y volverían por el mismo camino.

— Es el camino más seguro, les dijo. Ireis en carruaje hasta la falda del monte; Jorge os esperará en la posada de *Colley-Dog* y os traerá luego á casa.

Aceptaron pues, y á eso de las dos un *dog-cart* de cuatro ruedas llegó al peristilo.

Jael subió al pescante con el cochero Jorge, y Gracia y M. Coventry se sentaron detrás.

M. Coventry había tomado una capa de pieles para que se cubriera su compañera al regreso; pero el squire que estaba atento á todo, les dió mantas, sin exceptuar á Jael, á quien tenía cariño, como á toda la familia.

La pequeña caravana partió alegremente al trote largo de un vigoroso poney de Irlanda.

Después de haber andado unas mil toesas, llegaban á la orilla de un pinar perteneciente á M. Raby, cuando se levantó una urraca y atravesó el camino por delante de ellos.

Jael se apoderó de las riendas y tiró tan fuerte que paró al caballo.

— ¡Oh! exclamó, volvámonos, volvámonos, al instante.

— ¿Por qué? preguntó M. Coventry.

— ¡Una urraca!... fuerte presagio... nos va á suceder alguna desgracia.

— ¡Qué tontería! dijo miss Garden.

— Sé muy bien lo que me digo, miss, y el squire sabe mucho más aun sobre este asunto. Esperadme un minuto, que voy á hablarle.

Antes de que hubiesen tenido tiempo de impedirselo, Jael saltó al suelo con presteza y voló hacia el palacio como una golondrina.

Jael buscó á M. Raby, le contó la aventura y le suplicó que fuese con ella para que renunciase al paseo.

— No renunciarán, los jóvenes del día no creen en los presagios.

— Pero bien sabeis que no debemos burlarnos de tales cosas. He oído decir á mi padre que un día que ibais juntos á Hillsborough atravesó por el camino una urraca y os persuadió que debíais volveros.

— Es verdad; vuestro padre iba á comprar ganado y yo iba á depositar mis rentas en el banco de Carrington. Al otro día el banco quebró y las cabezas de ganado murieron en el año.

— Ya lo veis...

— Sí, sí; pero por una vez que el acaso da la razón á la preocupación, ¡cuántas otras no sucede nada! Idos pronto con vuestros compañeros, no los hagais esperar.

Jael obedeció con mucho sentimiento.

Sin embargo, llegado al sitio en donde había dejado el carruaje, ya no le encontró.

A pocos pasos más allá había un recodo y oyó un ruido de ruedas que se alejaba rápidamente.

Esta acción no le agradó y se volvió irritada. Evitó encontrarse con M. Raby, pero este la vió al cabo de media hora y la preguntó:

— ¿Cómo estais ahí? ¿Les habeis dejado marchar solos por lo de la urraca?

— No, señor, es que no me han esperado. Me han jugado una mala pasada, y no creía que Gracia fuese capaz de hacerlo, cuando la dije que estaría de vuelta dentro de medio minuto.

— No la acuseis á ella; apostaría á que ha sido cosa del joven gentleman. Ha querido aprovechar la probabilidad de pasearse solo con Gracia. No me gusta mu-

cho, pero como se casarán, preciso es hacer la vista gorda.

M. Raby se alejó poco satisfecho, aunque en apariencia no daba importancia á la escapatoria de los dos jóvenes.

Sin embargo, sus últimas palabras hicieron palpar el corazón de Jael, haciendo lucir á sus ojos las más brillantes perspectivas.

— ¿Qué no podía ella esperar si miss Garden escuchaba á M. Coventry? La excelente muchacha pensó con un legítimo orgullo en todo lo que había hecho para merecer el amor de Enrique.

Habiale aconsejado con toda lealtad, y había llegado su abnegación hasta el punto de favorecer su amor á otra.

¡Y quizás en aquel mismo instante M. Coventry ofrecía su mano á su rival, quien la aceptaba!

— Si las cosas van como espero, se dijo á guisa de conclusión, podré estar contenta.

Tan risueños pensamientos hicieron que se desvaneciera al instante el mal humor que aquel chasco la había producido. Pasó la tarde haciendo proyectos para el porvenir. Una sola nube empañaba tan radiante horizonte, y era el temor de que M. Coventry no fuera tan buen esposo como miss Garden merecía.

Así interpretó Jael la aparición de la urraca.

M. Raby no se engañaba atribuyendo á la iniciativa de M. Coventry la partida precipitada del carruaje.

Con efecto, M. Coventry se inclinó al oído de Jorge y le dijo en voz baja:

— Una guinea para tí, si continuas andando más de prisa. Toma un pretexto.

El malicioso subalterno guiñó el ojo y permaneció impasible un minuto; después del cual dijo de repente:

— No puedo estar parado más tiempo con el frío que hace por el poney.

Y aplicó un latigazo al caballo.

Gracia no se atrevió á intervenir, sabiendo que el viejo sirviente había siempre de salirse con la suya.

M. Coventry logró pues lo que quería.

Gracia adivinó que se iba á tratar de cosas graves y estaba resuelta á esperar la declaración sin hacer nada para evitarla ni para provocarla.

Cinco millas dista Raby-hall de la falda de Cairnhope por el lado de levante, pasando por la aldea.

Mientras el carruaje sigue el camino helado, diremos dos palabras del joven gentleman que parece tan afortunado en esta ocasión.

M. Federico Coventry era ante todo un hombre de mundo. Había entrado en la vida con una fortuna considerable que se componía de una gran propiedad territorial y de capitales que durante su minoría se aumentaron mucho.

Gastó sus capitales estudiando á la gente en su país y en el extranjero; y cuando disipó todo aquel dinero reflexionó un instante.

M. Coventry trató de cerrar la brecha con una porción de especulaciones aventuradas, y vivió tan lujosamente como antes, hasta que llenó de hipotecas las posesiones.

Entonces reflexionó mucho más todavía.

En este punto se hallaba el joven gentleman cuando conoció á Gracia Garden y pensó en el partido que podría sacar de semejante encuentro.

Aunque su situación era apurada, M. Coventry no era digno de lástima.

Tenía una hermosa posesión que bien administrada podía perfectamente pagar sus deudas, y además, había adquirido mucha experiencia.

Conocía á fondo á las mujeres y sabía el whist como un jugador consumado. Poseía sobre todo lo que Voltaire llama con razón el « gran arte de agradar, » este arte que poseen las mujeres instintivamente y que él había estudiado como pocos hombres le estudian. Ninguno mejor que él adivinaba á la primera ojeada el flaco de aquellos cuyos sufragios quería atraerse, y en todo salía tanto mejor cuanto que no tenía convicciones arraigadas sobre ninguna cosa.

Siempre las convicciones arraigadas nos ponen en oposición con nuestros semejantes.

Un carácter como el suyo es generalmente accesible á las influencias buenas y á las malas, y el afecto que M. Coventry sentía por Gracia Garden comenzaba ya á dar los mejores frutos.

Añádase á este retrato moral un semblante agradable y modales distinguidos, y se conocerá algún tanto al joven con quien simpatizaba Gracia Garden, un poco por las circunstancias, un poco por su inclinación, si no con ese gozo secreto y ese estremecimiento del corazón que son señales del verdadero amor.

La joven pareja dejó el carruaje en la posada de *Colley-Dog* y comenzó la ascensión al monte.

El camino no ofrecía ninguna seria dificultad por aquella parte, como había dicho el squire, pero en ciertos puntos había asperezas que dieron al pretendiente ocasión de ofrecer su brazo.

M. Coventry cumplió con un ardor de enamorado este acto de cortesía.

Sus obsequios y atenciones, muy comedidos en un principio, fueron haciéndose más pronunciados, y cuando llegaron á la cumbre ya se creía seguro de que serían aceptadas sus pretensiones.

La magnífica vista que se descubría desde lo alto de Cairnhope dejó extasiada á la joven é interrumpió el interesante asunto de conversación sobre el cual comenzaba á extenderse el enamorado.

Sin embargo, no por esto demostró impaciencia, y

con la mayor amabilidad nombró sucesivamente á Gracia las localidades diseminadas en el llano y en las crestas contiguas.

Comenzaba á encapotarse el cielo por la parte que ellos observaban.

El gentleman dijo á su compañera que queria enseñarla algo en otra direccion, y habiéndola llevado á una choza de pastor, en donde se sentó en un banco de tierra, la señaló con el dedo en el valle una de esas bonitas casas de piedra y ladrillo que recuerdan la elegante época del fin del Renacimiento.

— Es Bollinghope, dijo.

Gracia miró con interés aquella antigua estancia.

— ¿Os agrada? preguntó M. Coventry.

— Mucho, alegra el paisaje.

El jóven enamorado esperaba una contestacion menos vulgar; sin embargo, continuó diciendo:

— Quisiera que fuera mejor y su amo mas rico, mas amable...

— Sois difícil de contentar, M. Coventry.

— Miss Garden... Gracia... ¿Puedo llamaros Gracia?

— Me parece que ya me habeis llamado así.

— Pero sin derecho.

— En ese caso no hablemos mas del asunto.

— Seria muy desgraciado si lo llevarais á mal... Sin duda habeis adivinado mis simpatías desde que os conozco... quisiera tener diez veces mas bienes de los que poseo... No soy sino un pobre gentleman de buena casa, pero de poca fortuna, como veis.

¡Comedia! Bollinghope era una casa que indicaba al menos 5,000 libras esterlinas de renta.

— Me importa poco vuestra fortuna, M. Coventry, dijo Gracia con una sonrisa llena de altanería; lo que yo estimo es vuestro carácter.

— ¿Me perdonais que os ame? ¿Sereis indulgente para la esperanza que he concebido de llevaros á mi pobre casa como mi adorada esposa?

Habia llegado el momento. Aunque Gracia veia que llegaba, no pudo menos de sonrojarse y murmuró:

— Os estimo mucho y os agradezco la honra que me haceis... Pero os suplico que me permitais reflexionar un poco.

Y al hablar así ocultó su semblante en sus manos, en tanto que su seno palpitaba.

M. Coventry amaba sinceramente á miss Garden y tambien su corazon palpitaba con fuerza en aquel instante.

La emocion de la jóven fué un buen presagio; pero notó alguna cosa que debia hacer reflexionar á un hombre de su experiencia.

Una lágrima atravesó por entre los dedos de Gracia.

— ¡Tengo un rival! se dijo.

Sin embargo, como era hombre que sabia dominarse, guardó silencio.

Era el partido mas prudente que podia tomar.

Abandonada á su emocion, Gracia tuvo miedo de sí misma cuando lloraba á pesar suyo.

Lo que habria producido un movimiento retrógado en un hombre, surtió un efecto contrario en miss Garden.

Conoció que debia tener cuidado con los sentimientos que producian lágrimas.

Eran una flaqueza de que debia curarse, y tenia el remedio en su mano, el matrimonio.

Un gentleman como M. Coventry no podia menos de conquistar el cariño de su esposa.

La mejor resolucion que podia tomar era darle su mano.

Gracia enjugó sus ojos y dijo con voz trémula:

— ¿Habeis hablado á mi padre?

— No; esperaba vuestra autorizacion. ¿Me la dais?

— Sí.

— Puedo decirle que vos...

— No me corresponde á mí dictaros lo que debeis decirle... ¿Pero no observais cómo se oscurece el tiempo? Volvámolos pronto.

Sin embargo, no se habia agotado la fuente de las lágrimas. Los ojos de Gracia dejaron escapar dos ó tres mas, mientras pronunciaba estas últimas palabras.

Si M. Coventry no hubiese amado á Gracia, habria perdido la paciencia, y al perder la paciencia habria perdido tambien la felicidad que codiciaba.

Lejos de ofenderle aquel impertinente dolor, tomó la mano de la jóven y trató de consolarla hablándola de su amor en términos elocuentes.

Por fin supo pintarla con tantos atractivos su futura vida conyugal, que Gracia no lloró mas.

— Sí, creo que me amais, le dijo, y os estimo sinceramente.

M. Coventry sacó de su bolsillo una sortija de familia adornada con un zafiro de mucho valor y dijo:

— Pertenece á mi madre; ¿quereis hacerme el honor de llevarla como una prenda de nuestra union?

Esta prenda de un compromiso efectivo asustó á miss Garden, que se estremeció y dijo con voz inquieta:

— Mas tarde, ahora vámonos pronto á Raby-hall. El tiempo me da miedo; va á nevar.

M. Coventry se sonrió ante este nuevo capricho que diferia su felicidad y se quedó con su anillo.

Pusieron en camino; ma' apenas habian andado cien pasos, cuando principiá á caer nieve con tal furor que se oscureció la atmósfera.

— Seria mejor que volviéramos á la choza á esperar que pase la tormenta, dijo M. Coventry.

— ¿Creeis que seria mejor? exclamó Gracia con aire incrédulo. Como gustéis.

Y se volvieron.

Sin embargo, estuvo muy lejos de calmarse aquella tormenta; la atmósfera se ennegrecia cada vez mas. Gra-

cia insinuó á su compañero que debia bajar á la falda del monte y enviarla á ella un paraguas por medio del criado Jorge.

— ¿Y os dejaria sola entre tanto?

— Es verdad; mejor será que vayamos juntos.

Y partieron. Desgraciadamente en estas vacilaciones habian perdido tiempo y habia ya tres pulgadas de nieve en el suelo.

Aunque la nieve no les incomodaba para andar, aquella inmensa sábana que se extendia por todas partes les impedia reconocer el camino.

Insensiblemente tomaron una mala direccion, luego se desviaron hácia el Sur y vinieron á parar á un barranco que separaba las dos crestas de la montaña.

Salieron de allí con bastante suerte y continuaron su bajada al acaso. Lo esencial era llegar al valle por cualquier punto que fuera.

Al cabo de una larga y peligrosa bajada notaron con asombro que volvian á subir.

Con efecto, otra cuesta se levantaba delante de ellos. Entonces reconocieron que estaban perdidos, y deploraron amargamente no haberse quedado en la cabaña.

¿Qué podian hacer? Seguir adelante era en suma el mejor partido que debian tomar. Quizás aquella cuesta era un leve accidente de terreno.

Y así era: al cabo de algunos instantes se hallaron en otra pendiente.

Pero aquí el camino estaba cortado en excavaciones disimuladas por la nieve y las tinieblas.

M. Coventry quiso ir delante para sondear la via, y así avanzaron lentamente, con precaucion y tropezando el uno y el otro á cada paso.

De repente M. Coventry desaparece y rueda en el fondo de un barranco lanzando un grito.

Gracia se detiene inmóvil, petrificada.

Llama... Nadie responde.

Llama otra vez... Una voz débil la dice que su compañero no está herido y que va á tratar de reunirse con ella.

Sin embargo, la empresa no era fácil; todo lo que pudo hacer M. Coventry fué seguir penosamente el fondo del barranco.

Gracia se sostuvo en la orilla, y así continuaron llamando á cada instante.

Parecian muy distantes uno de otro, aunque no habia entre los dos mas de 60 toesas.

Por fin la pendiente fué menos rápida y Gracia pudo reunirse con su compañero.

Durante un rato siguieron por la hondonada, á cuyo fin apareció otra cuesta. La subieron con paso lento, pues la marcha no era fácil por entre las malezas cubiertas de nieve, y así era que estaban jadeantes y cubiertos de sudor, no obstante la capa helada que cubria sus vestidos.

Llegados á lo alto bajaron de nuevo.

Ya comenzaban á desalentarse. Sabian que en el Cairnhope se habian perdido algunos hombres que no habian vuelto á parecer vivos.

Tambien ellos se habian extraviado en las sinuosidades de aquel horrible laberinto y en medio de una horrorosa tormenta.

El hombre suspiraba, la mujer lloraba.

Muy luego, sin fuerzas ya, se sentaron desesperados. Pocos instantes despues la nieve amenazaba á cubrirlos.

M. Coventry vió el peligro y dijo:

— En nombre del cielo, marchemos. Si nos dejamos enfriar estamos perdidos.

Y se levantaron y dieron algunos pasos, pero fué para caer en un monton de nieve.

Salieron tambien del nuevo atolladero y continuaron no ya con la esperanza de llegar al fin, sino únicamente para impedir que se les helara la sangre.

Cuando ya estaban rendidos volvieron á sentarse.

Nada igualaba el horror de su situacion.

Hacia mucho rato que era de noche; el frio se aumentaba, aumentábase la nieve y reinaba en su derredor un silencio mortal.

Era como el preludio de la tumba

Mientras estaban sentados no pensando ya en el amor sino en la salvacion, oyeron un ruido semejante al de los ladridos de los perros lanzados en persecucion de alguna fiera.

— ¡Estamos salvados! exclamó Gracia; M. Raby nos busca con sus perros. ¿Habeis oido?

Coventry lanzó un gemido.

— ¡Los perros de M. Raby! dijo: ¡Ilusion! ¿Qué pista podria guiarnos? Ese ruido resonaba á cien piés sobre nuestras cabezas.

Y callaron los dos.

Gracia rompió el silencio de repente:

— ¡Ah! ¡LOS PERROS DE GABRIEL!... Los perros de Gabriel que siempre anuncian alguna horrible desgracia.

M. Coventry, es preciso ponerse bien con Dios, pues sois un hombre muerto como yo una mujer muerta... ¡Pobre padre mio!... ¡Pobre M. Little!...

Y hablando así, Gracia arrodillada sobre la nieve, se preparó á devolver su alma inocente al que se la habia dado.

No estaba tan resignado su compañero, que gemia, maldecia su destino y se irritaba contra todo el mundo.

¿Qué hacia Jorge? ¿En qué pensaba M. Raby que les dejaba perecer sin socorro?

De repente exclamó diciendo:

— No, no moriré yo con esa muerte estúpida, quiero salvarme, esperad, que volveré á buscaros.

La jóven oraba sin escucharle.

M. Coventry, que estaba ya de pié, se alejó con paso trémulo; pero apenas habia andado unas cien toesas,

cayó en un torrente cuyas ondas, aumentadas por la nieve, le arrastraron como una pluma.

No llevaba agua bastante para sumergirle, pero la violencia de la corriente le hizo rodar de piedra en piedra.

Allí habria sucumbido si no hubiera podido asirse á un árbol que se inclinaba sobre la corriente.

Gracias á este punto de apoyo, pudo volver á la orilla, mas ya no tenia fuerzas para moverse, y cuando quiso andar cayó otra vez al suelo y la nieve vino á cubrir su cuerpo insensible.

Gracia Garden seguia orando, inmóvil y resignada en medio de la tormenta.

Un sueño fatal se apoderaba de ella.

Si se hubiese prolongado algunos instantes mas, el sueño habria sido la muerte.

De repente sintió que tropezaban con ella dos bultos, y en efecto, dos masas negras pasaron: eran dos ovejas perdidas.

El instinto de aquellos animales fué una advertencia saludable.

Levantóse con dificultad, pues sus miembros estaban rígidos y siguió á los dos bultos prometiéndose que la guiarían á algun refugio.

Gracia llegó al borde del torrente y llamó á su compañero, pero en vano: M. Coventry no habia recobrado el sentido.

Desgraciadamente el grito que dió asustó á los animales, que huyeron y desaparecieron en las tinieblas.

Al ver que se desvanecia aquella última probabilidad de salvacion, miss Garden cayó inerte, desesperada, esperando la muerte.

Mientras se hallaba en esta situacion, un ruido ligero llegó á su oido.

Creó que eran las campanillas de un rebaño...

¡Habia pues alguna esperanza!... Entonces comenzó á llamar de nuevo.

(Se continuará.)

El sitio de Paris.

Los reconocimientos de la guardia nacional. — Entrada en Paris de los habitantes de las afueras. — La guardia movilizada de los departamentos.

La guardia nacional de Paris cuenta en el dia sobre 400,000 hombres. A medida que la situacion se ha hecho crítica, la actitud de la guardia nacional ha sido mas viril y mas enérgica.

Ya todos los guardias nacionales tienen fusiles.

El servicio se hace con toda exactitud, con tanta regularidad como puede hacerle la tropa.

Se pasan las noches en las murallas, y muchos guardias nacionales, descontentos de que solo se les llame á dar guardia al amparo de las fortificaciones, han pedido que se les confien fuera de Paris reconocimientos de avanzadas.

Así se ha hecho, y el dibujo de la página 252 representa una de estas salidas de la milicia ciudadana.

Para dar completa satisfaccion al ardor que anima á estos defensores de la patria, se trata de organizar batallones de voluntarios de la guardia nacional que tomarán una parte activa en la lucha á campo raso.

Estos actos responden de la energia de los guardias nacionales parisienses.

*

**

Otro de nuestros dibujos (página 253) representa uno de los episodios precursores del sitio.

Los habitantes de las afueras se apresuran á encerrarse en la capital, tanto para ponerse al abrigo de los prusianos, como para dejar sus casas vacías, no solo de víveres, sino hasta de muebles y utensilios útiles.

Tenia que ver esta mudanza en masa cuando llegaba á las puertas del recinto fortificado. Allí se pasaban los dias y las noches en fila esperando el turno en la confusion que representa nuestro dibujo.

Ya todo esto se acabó: son páginas atrasadas que completan el cuadro.

*

**

Tambien lo es la que figura la llegada á Paris de la guardia movilizada de los departamentos.

Los guardias movilizados son los héroes del dia.

Han estado en el fuego y se han portado como veteranos, ¿qué decimos? han dado una leccion de resistencia á la tropa mas aguerrida.

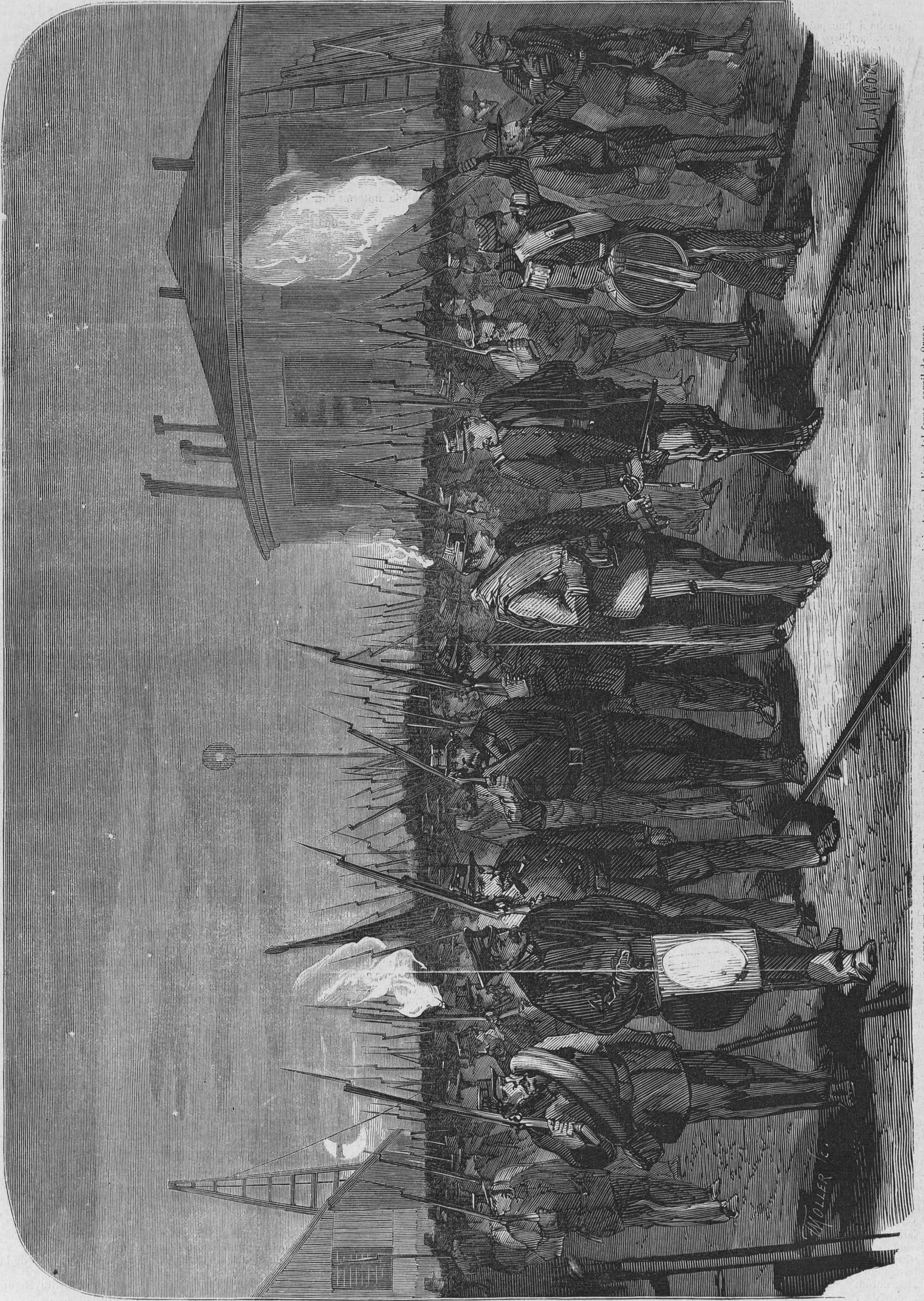
Todos están uniformados, por manera que no se parecen ya á los que se ven en nuestro dibujo.

Cuando llegaban cada cual traia su vestidura: habia los batallones azules, eran los normandos; los batallones pardos, eran los de Orleans; los batallones grises, eran los bretones.

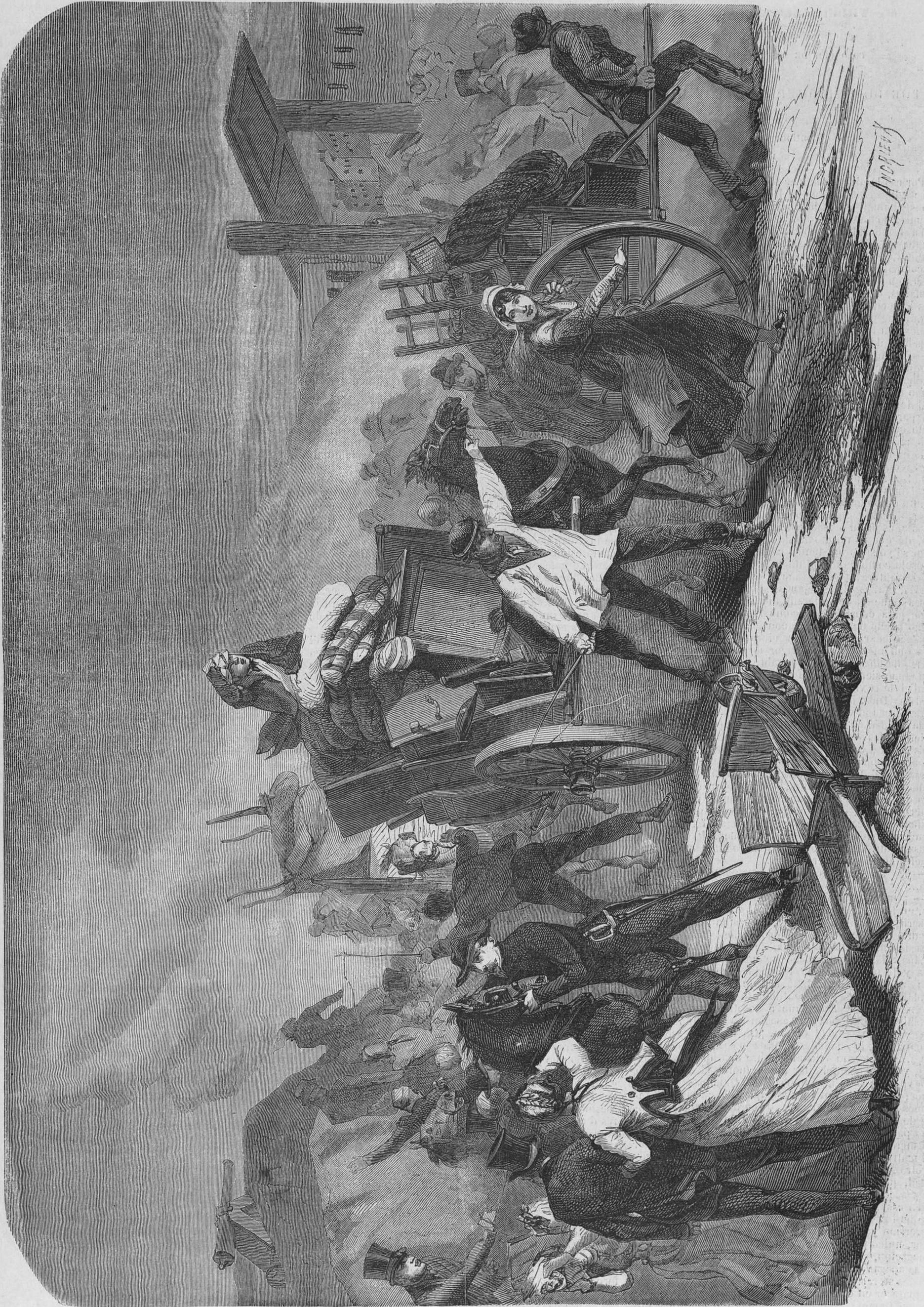
La acogida que han recibido no ha podido ser mas favorable; han sido festejados, aclamados, y en las casas donde los alojaron, han estado como los hijos de la casa.

Su número pasa de 100,000; esto es, constituyen un ejército que dará que hacer á los prusianos.

R. S.



EL SITIO DE PARIS. — Destacamento de guardia nacional practicando un reconocimiento en la línea del ferro-carril de Orsay



Entrada en Paris de los habitantes de las alpuerras — Los carros de las mudanzas á las puertas del recinto fortificado.

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Continuacion.)

Por eso le dejaba hablar sin interrumpirle. Los dos descendían lentamente por las sinuosidades del valle. No se habían dado cuenta de su dirección, pero un impulso común los llevaba camino del convento.

La frondosidad comenzaba á hacerse tenebrosa. Las sombras de las arboledas tomaban los contornos fantásticos que les da la incertidumbre del crepúsculo: y el compañero de Enrique cesó de hablar, como si temiera que por aquellos caminos le escucharán oídos profanos, ó que se burlaran de sus atrevidas proposiciones los pensadores filosóficos.

Enrique probó entonces á rechazar sus extraños consuelos con la energía de unos sentimientos que juzgaba mas bien desconocidos que contrariados.

— Tú no haces cuenta con el amor, le respondía, no porque le combatas, sino porque no le comprendes. No le aborreces, que le desdeñas; no le consideras nunca como una situación del alma, sino como una enfermedad de nuestra naturaleza. Sentimiento flaco en demasía para un espíritu tan fuerte como el tuyo, no has visto en él sino una debilidad femenil. Para ocupar esa vida atormentada, cuyas profundidades no me he atrevido nunca á sondear, has necesitado otras pasiones mas vivas, que han hecho eclipsarse en derredor todos los otros sentimientos, y ensordecen sin sonidos todas las demás vibraciones de las cuerdas del alma. Bajo ese manto de oscuridad, que ha encubierto á los ojos de tu mas allegado amigo los pormenores nebulosos de muchos años de tu existencia; á la sombra de ese misterio, de que yo mismo he sido cómplice para el mundo, ¿qué sé yo si no has tenido causas de mirar á las mujeres solo como tentacion de la flaqueza ó como ocasion de desventura? ¿Quién sabe si esos trabajos extraordinarios, si esos viajes lejanos, si esas ocupaciones fatigosas á que has consagrado tu vida, solo te han dado lugar para considerarlas como instrumento de placer ó como objeto de utilidad y conveniencia?... Tú pretendes desdeñar la filosofía y el razonamiento, y nadie mas que tú sacrifica al rigor de un principio y á la fuerza de una doctrina el hombre como vive y el corazón como siente. En eso que llamas la práctica y la verdad de la vida, no haces mas que generalizar. La sociedad y Dios, la historia, el género humano, son algo para tí; el individuo, nada. Ni aun el bien que haces, ni la caridad que prodigas, la ejerces por la criatura á quien cuidas y sostienes. Quizá la desprecias... Esa síntesis general del sacrificio de tu existencia es tu ídolo. Tu abnegacion se parece al egoísmo. La ternura de un corazón y el éxtasis de un sentimiento son para tus entrañas como una impostura, porque son para tu espíritu una quimera. Vienes á consolar la familia de esa joven enferma por el cumplimiento fanático de su deber... mañana tal vez la verás tendida en su féretro, no le concederás una lágrima. Quizá se muere la infeliz por causa de un amor malogrado, y tú pondrás su desgracia en el número de los crímenes...

— De los pecados... dijo secamente aquel hombre...

— ¡Qué!... siguió Enrique... en los particulares afectos, en los sentimientos limitados, ¿no hay para tí sino miseria y bajeza?... Lo grave, lo profundo, lo sublime y santo de la reciproca fidelidad de dos corazones, de la posesion mutua de dos almas, de la comunión absoluta de dos vidas, el entusiasmo de una inmolacion exclusiva y de una adoracion individual, la concentracion de la existencia, de la felicidad, de la gloria, de la actividad, del deber y del sentimiento sobre otra criatura que nos refleje y acompañe á nosotros, seres flacos y débiles, que no podemos asociarnos al mundo todo y abarcar la humanidad entera. ¡Oh!... eso lo rechazas, lo condenas, lo combates... hasta lo escarneces y maldices... forjas para ello al hombre una historia fantástica, y levantas en el altar de la moral el Moloch de una virtud insociable é imposible... Quieres suprimir el amor; y ¿con qué intentas reemplazarle en las instituciones y en las costumbres?... ¿Con la esclavitud y compra de la poligamia oriental? ¿Con la tiranía de la bárbara paternidad gentilica? ¿Con la contratacion venal del mercantilismo moderno? ¿Quieres desterrar el amor del matrimonio, y la familia cristiana no puede admitir otro fundamento, ni reconoce otro vínculo de fraternidad, que la igualdad de los dos sexos en la vida íntima y social de las naciones civilizadas?... ¡El amor, de quien casi se pudiera decir que la religion le ha traído y le ha inventado, tú le quieres reducir no mas que á perversión y decadencia, á corrupcion y bajeza!... ¡El amor, único principio de expansion, de desinterés, de abnegacion, en una sociedad donde todos los sentimientos se apagan, y todos los antiguos poderosos vínculos sociales se relajan y flaquean, quieres tambien hacerle desaparecer en el universal materialismo y aislamiento!... ¡El amor!... En esta existencia tan analítica, tan

afanosa, tan descreída, tan falta de poderosos estímulos morales, no podemos sentir sin él ni el deseo, ni el encanto, ni la compañía, ni la hermosura de la vida; y ese resorte vital, fortificante, sustentador de nuestra individual existencia, tú le rechazas como infortunio, y le escarneces como afeminacion y miseria, y le condenas como pecado, y hasta como afecto humano le disputas, y como verdad le niegas. ¡Oh!... te compadezco... Es que no le sientes ni conoces...

Creó Enrique que su compañero iba á volver sobre él, irritado y enfurecido; pero á la dudosa luz del crepúsculo, pudo ver que una sonrisa de inefable dulzura vagaba por sus labios, y que sus ojos, bellos y expresivos, levantaban al cielo una mirada de resignacion tan blanda como las claridades del firmamento entre los celajes esmaltados del arrebolado horizonte.

Llegaban entonces al pie de los muros del convento. Comenzaba á cerrar, oscura y anublada la noche, aunque blando y apacible el temple y perfumadas las brisas del aire, al pasar por encima de los junciales mojadados de la marea.

En lo alto de las rejas reverberaba el resplandor rojizo de luces encendidas dentro, que hacían ver cruces en trasparente por todas aquellas celosías. En una de las celdas se oye tocar un arpa, que vibra y se estremece, como si la pulsaran dedos crispados por la epilepsia, y al compás de aquellos convulsivos acordes, suenan, lentos y sostenidos, los suspiros de un himno, que Enrique conoce mucho, que Sofia canta con frecuencia al piano, que Irene suspira con frecuencia en sus mas grandes paroxismos de tristeza, y cuyos conceptos y tonos no deben ser tampoco desconocidos é indiferentes para su compañero, segun parecían conmover su espíritu y retratar en su mirada, fija con espanto en las elevadas rejas, la reminiscencia amarga de desgarradoras memorias.

Habia dado fin Enrique á su despechado apóstrofe. Su compañero tiembla y suda, calla, ó murmura entre dientes una especie de ronquido que le era habitual, como si recitara una oracion á media voz.

Cuéstale al parecer sostenerse de pié, y se sientan en las gradas de una cruz de piedra que se levanta frente á la puerta de la iglesia del convento. La severa fisonomía de aquel hombre tiente en vano supremos esfuerzos por quedarse tranquila y aparecer impassible; pero sus ojos se inyectan de sangre, sus labios se contraen con una compresion convulsiva, y limpia de sus mejillas el sudor que gotea de su frente, que se abrasa y hierve.

Enrique ve casi un vapor de lágrimas en sus ojos, y se aterra. No le ha visto nunca tan hondamente afectado. No atreve á explicarse si aquella conmocion inusitada es la impresion de sus palabras indiscretas ó de aquellas melodías dolorosas.

En todo caso, la sensibilidad de su amigo es para él tan extraña como incomprendible. Enrique le interroga con blandura; Enrique, ofreciéndole afectuosamente una disculpa, le demanda una explicacion.

Enrique le conjura que corra del todo el velo á la oscuridad de aquel misterio, ya que de tantos otros, compasivo ó discreto, no ha pedido nunca aclaracion. Su compañero no se enfurece con su ruego ni esquiva su respuesta; pero su palabra sigue tranquila y lenta como siempre, como siempre sombría, glacial y en disonancia con el sentimiento que la dicta y que expresa.

— De todo hay, responde, en esta mi liviana flaqueza, en esta indisculpable conmocion... De todo lo que me preguntas, tiene origen este acceso de debilidad... de lo que me reprendian tus palabras, de lo que me recuerdan esos sonidos, de lo que alumbran esos resplandores... ¿No me hablaste de amor?... ¿No me hablabas de himeneo?... Ahí tienes lo que son para mí sus antorchas y sus himnos... Las cuerdas de mi corazón es todo lo que vibra y suena en el arpa que pulsas esos dedos... La lámpara pálida que alumbraba esa celda es cuanto brilla y arde de lo que fué mi amor...

Limpíose el rostro del sudor sofocante aquel hombre sombrío, diciendo estas palabras, y arrancó de lo profundo de su pecho un gemido ronco y esforzado, como los exhalan los hombres duros y fuertes que nunca lloran. Y luego,

— ¿Misterios? prosiguió. ¿Misterios que te revele?... ¿Misterios? ¡sí!... Yo te los revelaré... Bastantes para que des sentido á mis palabras, para que des algun valor á mis consuelos... Misterios... sí... por penosos que me sean, por amarga y dura que su revelacion se me haga... No te espantes, no te aterres, no te sorprendas siquiera... que estos misterios no son de horror... ¡Ojalá!... Son de puerilidad, de mísera flaqueza, de frivolidad, de pequeñez y de vergüenza, como toda esa menegada y raquítica vida y civilizacion de nuestras ciudades y de nuestra época... Contar atrocidades y crímenes, asesinatos y violencias, depredaciones de grande interés ó muertes de atroz venganza, referir arrebatos de grandes pasiones, inspiradas por grandes objetos, ó extravíos de perversos deseos, estimulados de grandes necesidades, puede ciertamente costar á la conciencia atormentada y poseída de las furias del remordimiento... pero crímenes de debilidad, humillaciones de pueril impotencia, sacrificios infames de tiempo perdido, innobles infortunios de orgullo malogrado, derrotas sufridas en alfombrados gabinetes, lágrimas derramadas ante ídolos de abyeccion, sangre vertida en querellas de amor propio de afrenta, y de rivalidad de ignominia... ¡Oh!... eso cuesta mucho mas que los horrores del remordimiento y del espanto... Eso cuesta al orgullo infernal del hombre los tormentos de la humillacion y la vergüenza del oprobio...

Por eso para los unos hay el banquillo de los tribu-

nales, donde el hombre aun puede parecer noble y grande... Para los otros el mundo no se ha atrevido á tener nada... alguna vez la casa de locos... ¡Ay!... ¡Y la hora de mi absolucion no ha llegado todavía!...

Misterios, sí, de vergüenza y de infamia, de amor, de pasion, sí... de ese amor que crees que no habré sentido nunca, son los que anublan y ennegrecen mi vida... Mi amor... mi pasion... Hélos ahí... detrás de las altas rejas de ese monasterio... en lo interior de esa celda... esa mujer que canta... esa mujer que llora... esa mujer que agoniza... Esa, la primera mujer que amé; la única que amé, cuando podía amar; cuando *amaba el amar*, como san Agustin ha dicho... Esa, la que hice divinidad de mi vida, inspiracion, luz, alimento de mi alma... Héla ahí... esa Irene, que se llamaba Blanca cuando se me apareció... cuando, al poner mi pié en las playas del mundo, en un dia de revolucion y de tormenta, como un viajero arrojado en tierras desconocidas por el torbellino de una tempestad, encontré su peregrina belleza, plantada en la orilla delante de mí, como si me estuviera esperando para llevarme por su camino... ¡Ay!... ¿Cómo no habia de creer que Dios me la enviaba? De sus labios creí escuchar aquellas palabras de la celestial querida del Dante, que resuenan siempre en el corazón del hombre cuando concibe una de esas pasiones que deciden del destino de su vida y de la salvacion de su alma... *Io son Beatrice che ti faccio andare*... Yo la miré con el temor de adoracion con que los primeros hombres recibían la visita de los mensajeros del Señor... Yo me guarecí bajo sus alas, como si viera al arcángel que descendió á guiar los pasos del joven Tobías... Yo la recibí, no como tomó el primer hombre una hermosura de manos de su Dios, sino como debió reconocer la presencia misma de la Divinidad cuando se le apareció en el Eden primitivo para darle posesion del mundo recién creado... ¡Ay, sin ventura de mí!... No la tendí mis brazos, que me humillé á sus piés... levanté á su frente radiosa las miradas mas suplicantes de mis ojos. No fui arrogante, no fui presuntuoso, no fui atrevido, no fui siquiera confiado. No la demandé un amor que no soñaba merecer ni imaginaba lograr. Yo, que para el mundo era modesto, fui casi humilde para con ella. En aquellos años de mi primera existencia, tan oscuros y combatidos, si de mí propio no podia presumir nada, de ella para mí debia esperar menos. Ella fué la que primero me hizo tener orgullo delante del mundo, ella la que me reveló á mi estimacion propia, ella la que abrigó las facetas de la piedra tosca y opaca, que solo engastada en su aristocrática diadema, que solo radiando en su altísima frente, pudo parecer diamante oriental... Ella dió atmósfera de vida al recogido aliento de mi alma, ella dió ímpetu de vuelo á las plegadas alas de mi espíritu, como el seno de la madre amorosa da calor al niño exhausto y arrecido... Pero ¡ay, tambien sin ventura de la madre tigre, que estrelló contra las piedras del camino á la criatura que concibieron sus entrañas y que amamantaron sus pezones!...

Diciendo estas palabras, aquel hombre cruzó sus brazos, apretándolos contra su pecho, como si quisiera resguardar tambien de un peligro alguna criatura que hubiera buscado refugio en su regazo. Era su propio corazón que se le salía del pecho... Dos lágrimas amargas y solas corrieron de sus ojos... sus labios quedaron mudos y entreabiertos, en la actitud de volver á comenzar una frase que no acudia á su memoria... su cabeza se derribó sobre el seno, como agobiada por el peso de un abatimiento con el que hubiera luchado en vano, como cediendo á la humillacion del desprecio de su propia flaqueza; y Enrique, esperando siempre aquella palabra, que continuara su revelacion penosa, no se atrevia á interrumpir el paroxismo de inexplicable amargura en que veía por primera vez caído á un hombre tan dueño y señor de sus sentimientos é impresiones...

Volvió entonces á oírse, mas lánguida, mas arrastrada y melancólica, la vibracion del arpa que sonaba en la celda de Irene, á la cual clara y distintamente acompañaba, entre cantada y plañida, una plegaria religiosa por los que caminan de noche...

Por espacio de algunos minutos Enrique no oyó mas que aquellos flexibles y remisos acentos, y algun suspiro profundo de su compañero, que llevaba con el resuello de su corazón el compás de la suplicante melodía, y de cuando en cuando unos murmullos, como de rezo, en que, en una poesía desconocida de Enrique, parecia responder á las voces de lo alto.

Expelle noctem cordium,
Absterge sordes mentium,
Resolve culpæ vinculum,
Everte moles criminum...

Calló el arpa de repente; cesó con un ¡ay! dolorido el cantar espirante, y aquel hombre alzó entonces la voz, como respondiendo á otro ser que le hubiera preguntado alguna cosa:

— Todos somos caminantes de la noche, hasta que amanezca el dia en que se nos descubra la insensatez de los caminos que hemos andado y de las visiones que hemos tenido...

Calligo terræ scinditur,
Percussa solis spiculo...

Rebus jam color reddit
Vultu nitentis sideris.
Flendo et canendo quæsumus,
Intende nostris sensibus...

Dijo estos últimos versos con tristísimo fervor, y volvió á quedar todo, cielo y tierra, amigos y religiosas, músicas y suspiros, versos de triste canto y salmos de piadoso rezo, en profundísimo silencio.

VII.

Por mucho espacio de tiempo esperó Enrique que su compañero anudase el hilo de su discurso; aquel hombre permanecía sumergido en el abatimiento de su meditación silenciosa. La media noche hubiera podido encontrarle clavado al pie de aquella cruz, sin que, al parecer, tuviera en cuenta el tiempo que pasaba ni el compañero que le asistía. Abismado en pensamientos profundos ó en memorias tenaces, como reposando de una gran fatiga ó meditando algun vastísimo proyecto, fué necesario que la voz de Enrique le tornase á la realidad de su compañía y al recuerdo de que había empezado y suspendido una narración, en la cual se anunciaban, al parecer, otras peripecias, otras mas detalladas revelaciones.

— No por cierto, Enrique, replicó tranquilamente aquel hombre, como despertando de un sueño... no... yo no tengo historia... En mi vida no hay acontecimientos... La novela de mi existencia no es mas que una pasión... en mi juventud no hay mas drama que un infortunio, porque no ha tenido mas que un crimen... haber adorado á aquella mujer sobre todas las cosas, sobre la sociedad, sobre la obligación, sobre la dignidad, sobre la virtud, sobre la patria sobre la ciencia, sobre la gloria... no hay mas, Enrique... mi confesión está hecha... mi historia está concluida...

— Podrá ser, Javier, respondió Enrique, pronunciando por vez primera el nombre que nos revela el conocimiento de nuestro antiguo protagonista... pero, en tal caso, no la he comprendido. Tú me has confesado tu pasión, pero no me has contado tu desventura; me has dicho cómo amabas á esa mujer, pero no cómo has dejado de amarla...

— ¡Dejado de amarla!... replicó Javier, como sorprendido de esta palabra, y mirando á Enrique con tristísimos ojos... ¡Dejado de amarla!... no es eso tampoco lo que tengo que contarte... No es esa mi historia... no es ese, sobre todo, mi crimen... Esa sería mi obligación... ese ha debido ser por mucho tiempo mi propósito...

Lo que tendria que contarte, á lo mas, es cómo dejé de amarme ella... Pero tampoco estos sucesos tienen historia... El corazón deja de amar como el cabello encanece, como las megillas se arrugan, como las flores se marchitan, como los árboles dejan caer sus hojas...

Cómo ella dejó de amarme, no lo puedo yo contar... yo, que no lo podía concebir... ahora sí... ahora comprendo demasiado cómo no podía corresponder á quien la amaba como yo la amé... Las mujeres no pueden ser de tal manera queridas... Ellas son entonces los instrumentos de Dios, que castiga igualmente los excesos del corazón, traición y ofensa de la Divinidad, y los extravíos y exageraciones del pensamiento, que ultrajan á la naturaleza...

Porque, Enrique, el amor que yo tuve á Blanca no fué nunca felicidad... no era placer... no era ocupación siquiera. Yo no era hombre de sentidos ni de trabajo. Organización endeble, espíritu puro, naturaleza de sentimiento, inteligencia de imaginación, conciencia de entusiasmo, carácter de abnegación y de sacrificio, hice de ella mi culto y mi gloria, mi inspiración y mi filosofía, mi criterio de razón y mi conciencia de moralidad... No podía darse mayor sacrilegio que mi fanatismo, ni mayor demencia que la absorción de todas las facultades de mi alma en la actividad de su vida...

Del drama de mi juventud ella era no solamente la heroína... era además todo el auditorio, todo el público. Considerada su existencia como una antorcha, como una lámpara, eran la sangre de mis venas y las lágrimas de mis ojos el combustible que la alimentaba...

Mi vida le di, pero no le ofrecí mi mano, síntoma infalible de todos los amores exagerados, inútiles, réprobos y subversivos, bajo el velo hipócrita de ideales ó de angélicos... Hubiérame horrorizado de aspirar á ser su dueño, cuando no comprendía yo sino la condición de esclavo...

En aquellos siglos en que una mujer podía imponer la servidumbre á un entusiasta, hubiera yo recorrido la tierra con una argolla de hierro puesta por su mano... hubiera ido á combatir gigantes ó á realizar temerarias proezas en apartados reinos, solo por lograr una cinta de sus colores... En un siglo en que el culto del valor físico no es el destino del hombre, quise violentar el carácter de la mujer, haciéndola servir para que unciera á mi cuello el yugo de obligaciones mas duras, y de mas comprometidos empeños... yo me gloriaba en poner mi inteligencia al servicio de sus simpatías, y en someter la fuerza incontrastable de mis convicciones al irresistible imperio de sus inspiraciones y de sus complacencias... De lo que era mi carácter y mi conciencia, hice para ella mi profesión de caballería. Y cuando arrostraba temerarios combates con las preocupaciones del vulgo, con las sugestiones del egoísmo, con los seductores

sueños de la ambición, con las impacencias de la codicia aleatoria, con las presunciones satánicas de la ciencia, con los fanatismos tiránicos de la política, con todos estos y los demás gigantes y vestiglos de la edad presente, era solo porque, al volver de poner por obra una acción honrada ó de consignar una protesta enérgica, se adelantara ella, enemiga de su corte de adoradores frívolos y bellos, y tendiera la entusiasta mano al jóven poco elegante y desdeñosamente retraído...

Si alguna vez, entre las agitaciones, peligros y amarguras que acompañaron nuestra juventud atormentada, demandé á su hermosura una caricia de consuelo, no fué la vehemencia de mi temperamento ardiente la que me arrastraba á sus brazos ó á sus piés... no era la necesidad de sentir la vida y la agitación del éxtasis, que buscan las almas desocupadas y las existencias inactivas en los vulgares trasportes del placer... era, por el contrario, una hora de reposo y de calma, que adormeciera el continuo sobresalto de mi existencia en aquella especie de sueño que me arrullaban sus blandos abrazos; era el vigor y fortaleza de sostener nuevas luchas y de acometer nuevas tareas, lo que, como Anteo tocando la tierra, recobraba mi espíritu desalentado, cuando breves, bienaventurados instantes, casi arrodillado á sus plantas, reposaba mi frente en su seno, y refrescaba mi exhausto corazón el aliento de vida de sus labios...

Yo no sabré ya decir (tan lejos estoy del juicio de aquellos días) si en mis demostraciones mas ardientes habia mas bien homenaje de culto que abandono de intimidad, mas bien rendimiento de sacrificio que posesión de amor... Yo no sé, Dios mio, si en el fondo de esta adoración mutua, de esta comunicación extática de nuestras almas, habia, en vez de sensual ardimiento, orgullo satánico de creernos deidades, superstición fanática y demente de contemplarnos uno á otro sobre las esferas de la humanidad... pero paréceme aun, y el cielo sea en mi perdón y ayuda, que así pudiera llamarse orgullo, y deleite, y fanatismo, y locura la complacencia de Dios en la hermosura de los cielos, y el arrobó de los ángeles en la posesión y en la conciencia de su gloria.

De este cielo caímos; de este cielo debíamos caer... yo por el primer pecado de los tiempos, por aquel orgullo que quiso sublimar á la criatura al rango de divinidad... Blanca por la primitiva, tradicional y hereditaria culpa de la curiosidad femenina, patrimonio y dote imperecedero de la mujer, que, hastiada del bien, aspira al conocimiento del mal; que prefiere hoy, como el primer día, el silbar siniestro de la serpiente á la armoniosa melodía de los ángeles; que por un solo fruto de emponzoñada ciencia desdeña todos los árboles de sombra, todas las flores de matiz y fragancia...

¡Sed insaciable de la averiguación de lo desconocido, germen infausto de la desventura y de la corrupción humana!... Costóle al cielo la sangre de un Dios y el llanto de los serafines... ¿Qué mucho que cueste á tantos hombres toda la sangre de su corazón y las lágrimas de toda su vida?...

Calló Javier por algunos instantes, como absorto en una meditación mas importante que el análisis de sus

propios afectos, y luego prosiguió con su primer apacible y sosegado acento:

— Cómo Blanca me fué infiel, cómo yo no fuí bastante para su corazón, no es difícil explicarlo; pero no es á mí á quien cumple particularizar esta triste, trágica y lastimosa historia: triste porque es vulgar, trágica solo porque no estaba en la prevision de nuestras almas vanidosas y presumidas de excepcionales, sorprendente y lamentable por lo mismo que, para humillación de nuestro orgullo, nada tenia de dramática ni de extraordinaria...

Blanca se fatigó de mi amor... Blanca prestó oídos de ternura y condescendencias de pasión á un rival mas distinguido, mas hermoso, mas aristocrático, mas elegante. Nada tan natural como esta mudanza. Nada mas comun que este cotidiano fenómeno de la vida del corazón, que mi pasión tuvo entonces por un crimen, y mi ceguedad por un misterio. Ahora lo que me parece un misterio, es la impotencia de mi dignidad en el sufrimiento de aquel dolor; lo que me parecen crímenes, son los que yo mismo cometí en la reacción de mi despecho. Mi corazón y mi memoria vieron por mucho tiempo en aquel abandono una gran desventura... Cerca está ya el momento de contar desde aquel infortunio la rehabilitación de la voluntad, la reintegración de la conciencia, el rescate de la esclavitud del alma, y la santa enseñanza de la vida.

Pero antes de llegar á un arranque de elevación, ¡qué profundidad y vergüenza de caída! Antes de recibir la gracia de la fortaleza, ¡qué castigo de abyección, y qué olvido y abandono de vilipendio y de propio menosprecio!...

Porque en mí hubo un crimen mas odioso que su defeción, hubo en mí una bajaza mas inexplicable que su inconstancia, una ignominia mas villana que la deshonra que motivaba con su abandono... hubo la imposibilidad de dejar desde el primer instante á aquella mujer que pertenecía á otro. Verdad es, si bien, que de esta vergonzosa tenacidad no fué toda la culpa mia, que de esta irracional y mísera existencia no puedo acusar á mi corazón de haber tomado la cobarde iniciativa...

Desde los primeros días de su nueva pasión, y desde las primeras escenas de nuestro borrascoso rompimiento, Blanca pagaba la pena de su inconstancia con una inconstancia todavía mas inexplicable. Blanca no podía desprenderse de un resto de pasión hacia el hombre que era como el primogénito de su alma. Al arrancárselo del pecho, enconósele dolorosamente su herida, y no bien hubo juzgado irrevocable su pérdida, cuando se sintió acometida de una especie de tristeza de orfandad... ¡Ay! Al emigrar de la región de amor que ha sido patria del alma, la sigue á veces, á despecho de un sol mas brillante y de un suelo mas florido, el imperio y el tormento no previsto de una como horrible nostalgia...

Yo no sé qué caricias y ternura tenia para su nuevo amante, cuando aun habia para mí confianzas y lágrimas y súplicas, y á veces protestas de arrepentimiento y demostraciones inauditas de expiación y de venganza de sí propia... No sé si mi infortunado rival pasaba muchas horas á los piés de aquella que habia sido por tanto tiempo el único regulador de mis días; pero muchas veces aquella mujer tenia necesidad de que yo le consagrara una noche entera de silenciosa compañía ó de reprimida resignación. Y solia suceder también que al revolverme en mi lecho, agitado por las abrasadoras imágenes que evocan las furias de los ensueños celosos, ó que al sacudir le pesadilla abrumadora de un dormir fatigoso y tardamente alcanzado, me encontraba sentada á mi cabecera una mujer enlutada y llorosa, de quien yo dignamente no podia recibir una caricia, pero á la cual no siempre me reconocia con derecho ó con fuerza de rechazar una lágrima.

¿Quién de nosotros, hombres de una generación falta de consecuencia hasta en sus extravíos, sin criterio de moralidad siquiera en sus entusiasmos, no ha pasado por la perplejidad de estos conflictos y por la extravagante lucha de estos encontrados estímulos?... ¿Quién de nosotros, al revolverse en el laberinto de una pasión, no se ha sorprendido alguna vez de hallarse en el camino por donde creía haber pasado ya para siempre?... ¿Quién de nosotros no ha consumido horas muy preciosas de su vida, fuerzas muy vitales de su alma en la complicación de estas bastardas consecuencias, de estos injustificables adulterios del corazón? ¿Quién no ha querido, vuelto á la libertad, visitar un día con extravagante complacencia las paredes de su calabozo? ¿Quién no ha sentido á veces, en las serenas delicias de un amor pagado, desgarradores recuerdos de un amor perdido?... ¿Quién no ha paladeado con infernal voluptuosidad la degradante tentación de cobrarse con veleidades infieles, de una infidelidad consecuente, y de vengar en las caricias de una mujer que nos han robado, el robo que ella misma ha hecho al santuario de nuestra felicidad?... Hombres de una juventud fantástica, fisiológica, analítica, descreída y tempestuosa, ¿quién de nosotros ha podido trazar los límites que separan la vergüenza de un engaño del orgullo de su desagravio, ó las fronteras que se elevan entre la humillación del amor propio ofendido y la complacencia de mirar el satisfecho vencedor subordinado aun á la soberanía de nuestros recuerdos?... ¿Y quién de nosotros ¡ay! en la peregrinación de la vida, no se ha sentido á respirar con delicia las auras de la tarde en los umbrales de la mansion que fué hospedaje en nuestro camino en días de amor y ventura, aunque hayamos leído sobre la puerta el nombre y la cifra de otro dueño?...

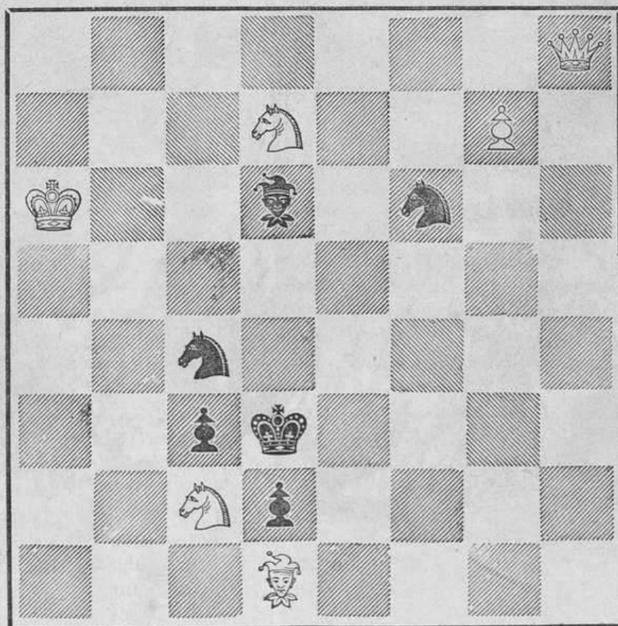
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 321

- 1 C 4ª CRª P toma C
- 2 R 2ª A P juega
- 3 R 1ª A P juega
- 4 C 2ª AR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 322, POR M. H. MEYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

(Se continuará).



PARIS. — Llegada de la guardia movilizada de los departamentos.



LA GUERRA. — Heridos de Sedan á su entrada en Paris.